

Cuaderno No. 1

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.
Los buenos autores al alcance de todos.

7

ELISEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

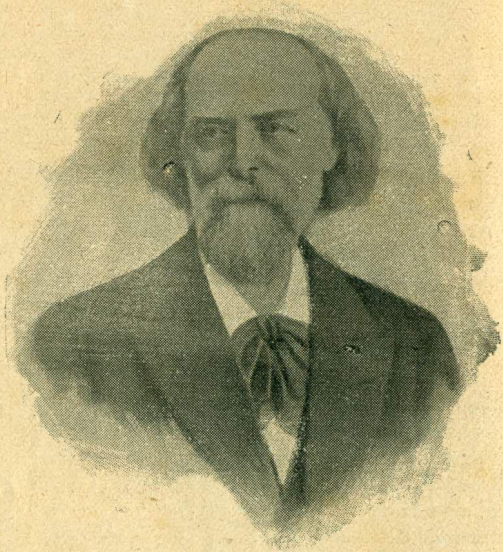
(Estractos: 1ª serie)

CONTENIDO

	<u>PÁGINA</u>
Eliseo Reclus, biografía de Pedro Kropotkine	3
Los Esquimales	22
El agua corriente	28
El juego	39
La imitación	40
El mandil de Kaueh	44
La llama purificante	46
El culto del arado	50
Cain y Abel	52
El rey de la creación	54
La ayuda mutua	58

GRABADOS:

Eliseo Reclus. La leyenda del mandil. Grulla herida.



ELISEO RECLUS

Ilustre geógrafo y pensador francés

1830 - 1905

ELISEO RECLUS

El telégrafo nos anunció, el miércoles pasado, que Eliseo Reclus había muerto la víspera, ¹ en una aldea belga, cerca de Ostende. Casi tres semanas llevaba de sufrir nuevamente, con más frecuencia y dolor, los ataques de angina pectoral, de los que venía padeciendo desde mucho tiempo atrás y que por poco se lo llevaron en la pasada primavera. Antes de esta época, creían sus amigos que, con altibajos, podría aun vivir y trabajar algunos años. Ahora, el organismo que hasta entonces había luchado heroicamente, sucumbía á ojos vistas.

«Su último instante de dicha, nos escribe un amigo, ha sido el lunes por la tarde, algunas horas antes de su muerte, escuchando la lectura de un cable de Rusia. ²

El último trabajo suyo concluido fué el prefacio de la edición rusa de *El Hombre y la Tierra*, pero hasta el sábado pudo dictar algunas notas para su obra».

El último esfuerzo suyo para hablar en público se realizó, como se sabe, en París,

¹ El martes 3 de Julio de 1905.

² Probablemente se refería á la insurrección de Odessa. (El Autor).

en un mitin que organizaron nuestros amigos para manifestar la simpatía de los franceses por el movimiento revolucionario ruso. Vino espresamente de Bruselas. Pero «la vista de esa bella juventud revolucionaria me impresionó tanto, que tuve que sentarme á los dos minutos».

Con Eliseo Reclus el movimiento revolucionario obrero de todo el mundo pierde una de sus más bellas figuras, uno de sus más ardientes é íntegros defensores. Y la ciencia pierde en él á uno de los que mejor habían sentido y vivido el vínculo que une al hombre no solo al rincón del globo en que lucha, sufre y disfruta de la vida, sino también á la tierra toda.

Eliseo Reclus había nacido el 15 de marzo de 1830, en Saint-Foy-la-Grande, departamento de la Gironda.¹ Era su padre un pastor protestante, hombre muy notable, uno de esa vigorosa raza que había luchado mucho por mantener su derecho á la creencia distinta de la que imponía la Iglesia: un hombre que había vivido toda su vida encariñado con el campesino, el hombre encorvado sobre el surco. Un día, á los 70 años de edad, distingue en la campiña á un joven labriego que entierra un caballo, muerto de antrax.² «Eres joven, le dice el viejo pastor y arriesgas tu vida. Yo soy viejo. Regresa á tu casa: enterraré la bestia». Rehusaba el campesino, pero él insistió.

1 Al S. O. de Francia.

2 Carbón.

Enteramente solo, ocupó todo el día en abrir la fosa. Al anochecer, el pesado animal estaba sepulto.

La madre de Reclus era también una mujer notable. Había pasado toda su vida de maestra de escuela. Ya se acercaba á los 70 años, cuando comprendió que en su instrucción existía un vacío. No conocía la física. Entonces se puso á aprenderla concienzudamente y al cabo de un año, ya la enseñaba á sus alumnos.

La familia era numerosa. Doce hijos, de los cuales Elías era el mayor y Eliseo el segundo. Estaban en la pobreza y desde entonces Eliseo ganaba y guardaba el respeto *al pan*, habiendo sido éste muy ameno, en su juventud, su solo alimento y á él volvía voluntariamente. Un pan y una manzana ó uvas, era cuánto necesitaba para vivir y trabajar.

Los primeros estudios universitarios los hizo en la facultad protestante de Montauban. Su padre quería hacer de él un pastor. Pero Eliseo debió desprenderse bien pronto de los prejuicios religiosos y con su hermano Elías, partió enseguida á Berlín, en donde el gran geógrafo Karl Ritter inclinaba entonces á una juventud ávida de instruirse hacia sus grandes y bellas generalizaciones sobre la vida de la Tierra y sus habitantes. Buena parte del camino la recorrieron á pie, en compañía de un perro, para el cual dejaban, por la noche, la comida, contentándose ellos con pan seco.

Durante la Revolución de 1848 ¹ no sé en donde estaba Eliseo, pero lo cierto es que después del golpe de Estado de diciembre de 1851, ² ambos hermanos viéronse obligados á dejar la Francia.

Eliseo viajó entonces durante seis años.

Residió en Irlanda, en donde con todo su entusiasmo hizo suya la causa del pueblo irlandés, aniquilado por los ingleses que le habían despojado del suelo y matado sus industrias rurales. Recorrió los campos, conoció el pueblo irlandés en su vida diaria de hambre y de miseria y para siempre lo amó.

Trasladóse luego á los Estados Unidos y de allí á Colombia y la Guayana, viaje que contó en un pequeño libro de una esquisita belleza: *Viaje á la Sierra Nevada de Santa Marta*, ³ y que le inspiró más tarde las más bellas generalizaciones de su obra *La Tierra*. ⁴ De este viaje trajo el odio á la esclavitud y el amor hacia las razas negras ultrajadas por los blancos.

En 1857, regresó á Francia. La Europa se despertaba en ese gran movimiento que

1 Realizada en Francia durante los días 23, 24 y 25 de febrero, en pro del derecho de reunión; inauguró la segunda República francesa.

2 Que trajo consigo el imperio de Napoleón III en Francia.

3 *Voyage a la Sierra Nevada de Saint Marthe*. 1 volumen, editado por Hachette y Cie., en 1869, publicado en castellano por los Editores Sempere, con el título de *Mis Exploraciones por América*.

4 *La Terre, description des phenomenes de la vie du globe* (1867-1868). Dos grandes volúmenes, editados por Hachette y Cie. «El Progreso editorial» de Madrid, la tradujo en 1892, y los editores Sempere y Cía., de Valencia, España, también han venido publicándola por partes: *Nuestro Planeta, La Vida en la Tierra, La Atmósfera*.

produjo las revueltas de Garibaldi, ¹ la liberación de una parte de Italia, la abolición de la servidumbre en Rusia, y los Estados Unidos ya comenzaban la campaña que debía concluir para siempre con la abominable esclavitud. Las ciencias naturales entraban al mismo tiempo en ese bello período de despertamiento, que por los años 1854 á 1862, trasformó todo el aspecto de la ciencia moderna.

Eliseo Reclus respondió á esta doble corriente humanitaria y científica. Supo interesar á los franceses en el gran movimiento abolicionista que se iniciaba en América. ² Se lanzó en el movimiento anti-imperialista que comenzaba á desarrollarse en Francia desde el año 60 y participó en las conspiraciones de la época contra el Imperio.

Pero ya comenzaba un movimiento nuevo: las agitaciones del proletariado francés, que debían despertar á los proletarios de ambos mundos; y Eliseo participó en los comienzos de esta campaña. A partir de 1865, él ya se contaba en la Internacional, ³ es decir, en las primeras reuniones que la instituye-

¹ Héroe italiano, defensor de la libertad de los pueblos. (1807-1882).

² Son notables, entre sus numerosos artículos sueltos de diarios y revistas (*Revue des Deux Mondes*, *Tour du Monde*, p. ej.) los que escribió acerca de la Guerra de Secesión (guerra civil entre las provincias setentrionales y meridionales de los Estados Unidos; duró 5 años y con la victoria del Norte, se obtuvo la redención de los esclavos negros); los artículos de Reclus enderezaron el criterio torcido de los europeos respecto de la esclavitud en América.

³ Vasta asociación fundada en 1864 por el socialista alemán Carlos Marx. Se proponía emancipar en absoluto y asociar para la defensa á todos los obreros del mundo.

ron en 1864; y mucho antes de que se fundara la alianza de Bakounine, ¹ Eliseo Reclus ya pertenecía á la asociación secreta fundada también por Bakounine en Italia, en 1864 y que se llamaba la Fraternidad Internacional, sociedad disuelta en 1869. De hecho, Eliseo Reclus era comunista mucho antes de la fundación de la Internacional ² y la gran Asociación de Trabajadores no hizo más que ofrecer á los comunistas franceses—Eliseo entre ellos—un nuevo campo de acción internacional. Si mal no estoy, obligado una vez más á refugiarse en Inglaterra, bajo el Imperio, perteneció también un momento al consejo general de la Internacional en Londres; ó, por lo menos, participó en algunos trabajos de este consejo.

Hacia el fin del Imperio, Eliseo estaba en París y publicaba en 1867-68 su obra monumental *La Tierra* ³, cuyo primer volumen, *Los Continentes*, lo colocó en seguida entre los primeros geógrafos de nuestro siglo.

Como todo lo que ha escrito Eliseo, esta obra es de una belleza notable. Desde el principio hasta el fin, el modo de esponer los vistazos generales ó de descubrir tal rasgo de la naturaleza, es de una fuerza, de

1 Escritor y filósofo revolucionario ruso. (1814-1876).

2 Su hermano Elías, convencido partidario del pensador socialista francés Carlos Fourier (1772-1837), publicaba un diario fourierista bajo el Imperio. (*Nota del Autor*).

3 Existe un corto resumen de esta obra, escrito para todos y publicado por la casa Hachette, de París. Se titula *Los fenómenos terrestres* (Les Phenomenes terrestres) y comprende *Los continentes* (Les continents) y *Los mares y los meteoros* (Les mers et les meteors).

una hermosura y de una perfección que, salvo en Alejandro Humboldt ¹, no hay nada igual en toda la literatura del siglo. Un día le contaba yo de qué modo me sorprendió en Madrid—deleitándome con la obra de Murillo ²—esta idea: «Por qué lo que es *bello* vive siglos?»—«Lo bello?, pero si es *una idea pensada en sus detalles*», me respondió. Y más tarde, cada vez que leía una página de él, recordaba esta definición. La *Madona* de Murillo no sería *bella* si cada detalle—sus manos, sus cabellos, hasta los pliegues de su traje—no estuviera de acuerdo con la idea fundamental del cuadro: *El Estasis del amor puro*. Así lo mismo, una página de Eliseo perdería su *belleza* si la idea fundamental no estuviera tan bien pensada en sus detalles, que cada uno de estos, cada idea secundaria no vinieran á rodear, á reforzar la idea capital de la página, del capítulo, del opúsculo ³ ó del libro.

*

Vino la guerra de 1870-1871, el sitio de París, la Comuna ⁴. Eliseo Reclus se inscribió en la compañía de aereonautas, dirigida

1 Científico alemán (1769-1859): sus viajes y sus obras son célebres.

2 Famoso pintor español (1618-1684).

3 Folleto.

4 Célebre movimiento revolucionario, ocurrido en París después de la guerra franco-alemana (1870). Comenzó el 18 de marzo de 1871 y concluyó el 29 de mayo, sofocado por las tropas de Versalles (entonces residencia del gobierno fugitivo). La represión oficial ha sido una de las más sangrientas que registra la historia.

por el fotógrafo Nadar, su amigo íntimo, y le ayudó en esta organización, maravillosa para su tiempo, mediante la cual París sitiado pudo comunicarse regularmente con las provincias.

Pero los sucesos se precipitaban. La energía revolucionaria socialista, acumulada en Francia y sobre todo en París, durante los últimos años del Imperio, no podía desaparecer inutilmente, sin tratar de hacerse conocer en el mundo, sin plantar por lo menos un jalón para el futuro—y la revolución del 18 de marzo estalló en París.

Eliseo, que odió siempre los galones y siempre se sintió del pueblo, en esta ocasión dió el verdadero ejemplo. Cuando los jefes blanquistas y jacobinos¹ aceptaban puestos del gobierno de la ciudad revuelta y cuando hasta los internacionalistas federales permitían que se les nombrara en el consejo de la Comuna, Eliseo se echó el rifle á la espalda y permaneció en las filas de los federales. Su hermano Elías, amantísimo del arte antiguo, se ponía bajo las órdenes de Vaillant² durante el bombardeo y el incendio, y salvaba en los sótanos los tesoros del Louvre³ y de la Biblioteca Nacional espuestos al fuego y los machetes de los versalleses.

Desde un principio la Comuna proyectó un ataque á Versailles, y se verificó en la

1 *Blanquistas*, los partidarios de Luis Augusto Blanqui, revolucionario comunista francés (1805-1881).—*Jacobinos*, demócratas ardientes.

2 Eduardo Vaillant, revolucionario francés.

3 Inmenso palacio situado en París, en la orilla izquierda del Sena. En 1793 se instaló allí un Museo Nacional.

primera quincena de abril. Eliseo, con el rifle al hombro, tomó parte en dicho ataque. Cayó prisionero en la meseta de Chatillon y bebió la copa llena de los sufrimientos físicos y de insultos con que la burguesía ¹ triunfante dió de beber á sus prisioneros.

«Cuando entramos á Versalles, la muchedumbre de burgueses, con sus queridas del brazo, nos recibió con todos los insultos imaginables, mientras desfilábamos delante de ellos con las manos atadas. Un hombre—me pareció que era un miembro de la Sociedad Geográfica—gritando: «Oh, el vagabundo!» me asestó un formidable pescozón en la nuca. Su querida me golpeó con el quitasol... Después de todas las fatigas de la noche precedente, caí desvanecido... Luego vinieron los horrores de la llanura de Satory ²... los centinelas disparando á boca de jarro á quien se pusiera en pie, fatigado de podrirse en el lodo, y todos los días pelotones conducidos para que se les fusilara... Después vino Brest. Ni un momento de respiro, hasta llegar á la prisión de Mont Saint-Michel.

Pero los sabios de toda Europa, sobre todo los ingleses, se conmovieron. Darwin ³,

¹ Una clase política, intelectual y rica, que desde 1789 viene gobernando en Francia y otros muchos países. Es una clase ávida, egoísta y rapaz, cuyo anhelo único es enriquecerse por todos los medios imaginables.

² Fué el teatro de las sangrientas represalias cometidas por los versalleses victoriosos, para vengar la resistencia que los comunistas de París les opusieron en 1871.

³ Uno de los más avanzados filósofos naturalistas ingleses (1809-1882).—*Alfredo Wallace* es un naturalista inglés y autor de encantadores libros de viajes. (1822).

Wallace, W. Carpenter y otros tantos suscribieron una solicitud para que se pusiera en libertad al gran geógrafo, condenado en noviembre de 1871, á trabajos forzados. En enero de 1872 esta sentencia se cambió por destierro y Eliseo pudo reunirse con su hermano Elías en Zurich. Entonces escribió la obra más bella que quizá ha escrito, la *Historia de una Montaña* ¹, en donde manifestó á la montaña sus agradecimientos por el servicio que ella le había prestado, permitiéndole restablecer el equilibrio de su espíritu después de todo lo que había vivido y sufrido. Pues en esto Eliseo Reclus y Goethe ² están de acuerdo en absoluto. Tanto para el uno como para el otro, toda la naturaleza vive; la montaña, el arroyo, el bosque son los hermanos y las hermanas del hombre.

*

En Clarens ³, el año 1872, comenzó su principal obra, la *Geografía Universal* ⁴, cuyo primer volumen apareció en 1876 y el

1 *Histoire d'une Montagne* (1880), editada por J. Hetzel y Cíe., en la serie «Bibliothèque d'Education et de Recreation».

2 Poeta alemán y una de las mayores inteligencias modernas. (1749-1832).

3 Aldea cercana á Ginebra, Suiza.

4 *Geographie Universelle* (1875-1894), en 19 grandes volúmenes. Edición de Hachette, París. 9 tomos están bien traducidos al castellano (con algunas erratas de números) por «El Progreso Editorial» de Madrid, bajo los auspicios de la Sociedad Geográfica madrileña. El tomo II de la cuarta serie (América) comprende la geografía de la América Central y fué publicado en 1893. La parte referente á Colombia está traducida y anotada por el señor Vergara Velasco, amigo y colaborador de Reclus, cuando éste visitó dicho país americano. En 1893. fué editada esta obra por el gobierno de Colombia.

último, el diecinueve, en 1894, dieciocho años más tarde.

La inmensidad de esta obra se comprenderá, si digo que para cada uno de los volúmenes, con casi 800 páginas, Reclus consultó cerca de 1000 libros y artículos. Algunas veces leía un artículo, un volumen, solo para cambiarle al texto primitivo, aquí ó allá, un adjetivo y poner á su vez uno que caracterizara mejor tal población, ó tal valle ó tal llanura. Difícilmente se comprende cómo pudo Eliseo asociar con éxito á tan soberbias síntesis¹ esta masa infinita de pintorescos detalles—rientes, sombríos ó majestuosos, pero siempre poéticos—de los que posee tantos cada volumen, que no sabría uno recomendar á los viajeros un compañero de viaje mejor. Si al mismo tiempo, se piensa que año por año aparecía un volumen nuevo y que el conjunto se publicó en cuadernos semanales, sin que jamás faltara uno solo, no se da uno cuenta de cómo ha podido un hombre realizar una tarea tan colosal, y sin embargo, no hay una línea de la inmensa obra que no haya sido escrita de su puño y letra, sea en el manuscrito primitivo que trazaba las grandes líneas de la obra, sea en los innumerables añadidos que se hacían después al impreso en pruebas.

En las descripciones de los grandes países, así como en las de centenares de caseríos pequeños, es en lo que sobre todo se distingue Eliseo. Podría creerse que estas

1 Conjuntos.

descripciones se repiten, pero nada de eso! Hablando del pueblo más insignificante, siempre tenía algunas palabras para inspirar al lector la idea de que todos los hombres son dignos de consideración y que no hay ni razas superiores ni razas inferiores.

*

En Clarens fué donde lo conocimos y todos nosotros bien pronto aprendimos á amarlo, encontrándolo en los mitins, congresos y reuniones familiares de la Federación jurásica ¹. A la par del *Boletín*, órgano de la Federación, Reclus había fundado con Lefrancais y Jowkovsky, una revista mensual, *el Trabajador*. Más tarde, cuando se fundó en Ginebra *el Rebelde*, él se unió á nosotros y en seguida se identificó completamente con nuestro diario. Para ayudarnos, no desdeñaba ningún trabajo, por mínimo que fuera. Y en seguida, cuando el movimiento anarquista adquirió formas más violentas, él no se detuvo en mitad del camino: aceptó todas las consecuencias. Sabía odiar tanto como amar y detestaba el orden burgués. También simpatizaba en absoluto con el movimiento que se había desarrollado en la región leonesa. Él, que no se habría impuesto á nadie, comprendía que la emancipación del pueblo laborioso no se hará sin actos violentos que despierten á las masas,

¹ Rama que se desprendió de la Internacional de Trabajadores. Fundada por Bakounine y Eliseo Reclus, ha sido la cuna del anarquismo contemporáneo.

ni sin grandiosas luchas entre esplotados y esplotadores.

Por eso, desde que las persecuciones amenazaron al *Rebelde*, Eliseo también se puso á las órdenes de sus amigos ginebrinos que continuaron, después de su arresto, la publicación del diario. Entonces fué cuando escribió amenudo para el *Rebelde* é hizo en Ginebra, la conferencia *Evolución y Revolución*¹, cuyas conclusiones anarquistas escandalizaron á sus numerosos amigos y sabios admiradores.

Seguía siendo «el Comunista» de siempre. Y más tarde, por el año 90, Eliseo Reclus permaneció fijo en su puesto, cuando muchos otros desertaban presurosos de las filas, asustados por las bombas de París y espantados con las teorías negativas de la moral burguesa que circulaban en nuestros medios. Eliseo se situó entre los que los gobernantes y los socialistas de Estado ponían fuera de la ley; y lo hizo tan bien, con tanta franqueza, tan abiertamente, que los gobernantes de toda clase que por entonces esplotaban la República, consagraron un odio implacable á toda la familia Reclus—por lo menos, á toda la rama revolucionaria.

Pablo Reclus², fué envuelto en el proceso de los Treinta³. Su viejo padre, Elías, fué detenido, llevado al poste, desnudado y me-

1 Publicado en castellano por los editores Sempere y Cía., de Valencia, España.

2 Sobrino de Eliseo.

3 Entablado por el gobierno francés con el propósito de reprimir el desarrollo de las ideas anarquistas.

dido de acuerdo con lo que en su jerga llaman antropometría ¹... esos miserables de sabios postizos. Porque no estaba en ese momento en París, Eliseo no fué detenido; pero los «amigos del orden» no le ahorraron ni hiel ni insinuaciones.

En esa época la Francia estaba en un triste callejón sin salida. Lo que sufrió Eliseo viendo no solo á la alta canalla, sino al pueblo francés y hasta el obrero parisiense arrodillándose á los pies de Alejandro III ² y relamerse en presencia de una sonrisa de emperatriz—lo que sufrió viendo esta última crisis de los monárquicos, á Boulanger, ³ tan cerca de alcanzar el éxito, no habiendo fracasado la dictadura sino porque faltaron fuerzas al pretendiente mismo..., lo que sufrió viendo á esta bella Francia que tanto amaba, caída tan bajo—no lo decía á nadie. Pero algo nos dejaba adivinar en tal palabra de una carta ó en cual frase que se le escapaba en sus cortas visitas á Londres.

Resueltamente abandonó la Francia y fué á establecerse en Bruselas. Sólo cuando la conciencia del pueblo francés comenzó á despertarse con el asunto Dreyfus, ⁴ se de-

1 El conocimiento de las proporciones de las diversas partes del cuerpo humano. El Estado ordena que se midan los prisioneros en las cárceles y esto constituye uno de los mayores ultrajes que pueden hacerse á un individuo que se estime.

2 Emperador ruso. Reinó de 1881 á 1894.

3 Uno de tantos políticos aventureros franceses, sin carácter para disfrutar de las circunstancias, (1837. 1891).

4 Oficial activo del ejército francés. Acusado de traición á su país, el Gobierno lo degradó y confinó á un presidio. Años más tarde, revisado su proceso, resultó inocente, para regocijo de muchos y escándalo del mundo.

cedió á poner de nuevo los pies en el suelo nativo.

*

Mientras tanto, fundaba en Bruselas una universidad verdaderamente *libre*—una de esas universidades como las verá un día la Europa regenerada por la revolución social. En esta universidad fué donde Elías Reclus hizo su notable curso (de casi cien conferencias) sobre el origen de las ideas religiosas y de las religiones, y donde Eliseo hizo durante varios años cursos sobre el desarrollo de las sociedades humanas bajo la influencia de los diversos medios geográficos. Estas lecciones, de las que se desprende como una necesidad científica esta conclusión—la Anarquía¹—constituyen la esencia de una bella obra en tres gruesos volúmenes, *El Hombre y la Tierra*², cuya publicación acaba de comenzarse en París.

1 Doctrina social que sustenta como anhelo político la asociación ordenada de los hombres sin gobierno directo alguno.

2 *L'Homme et la Terre*, en VI volúmenes, editada por la Librairie Universelle, de París (1905). La malograda ESCUELA MODERNA, de Barcelona, emprendió en 1906 una buena traducción castellana de esta obra, hecha por los señores Anselmo Lorenzo y Odón de Buen. Las hermosas páginas que hoy ofrecemos á nuestros lectores, están seleccionadas, con algunas variantes, del volumen I de dicha traducción.

Otras labores de Reclus:

Colaboró en las *Guides Joanne* (Guides Joanne), haciéndolas célebres cuando las tuvo bajo su dirección.

Antes de morir, concluyó un *Atlas de los Volcanes del Globo*, cuya publicación quedó á cargo de la Sociedad Astronómica de Bélgica.

Fundó el Instituto Geográfico de Bruselas, al frente del cual se halla Pablo Reclus, su sobrino y colaborador de los últimos años.

Historia de un Arroyo (Histoire d'un Ruisseau) 1864, edición de J. Hetzel y Cie., en la «Bibliothèque d'Education et de Recreation». Los editores Sempere y Cía., de Valencia, Espa-

En la primavera del año anterior, Eliseo Reclus concluía esta obra. La energía que hasta entonces había atesorado, no obstante la enfermedad del corazón que lo atacó por primera vez en 1880—comenzó á flaquear de un modo patente. La muerte de su hermano Elías también lo había afectado profundamente.

Creíamos entonces que íbamos á perderlo. Los ataques del corazón se repetían casi noche á noche. Y sin embargo, en medio de estas crisis dolorosas, apenas recuperaba alguna fuerza, y cuando se veía en presencia de algún joven amigo, siempre volvía á la gran idea que lo había inspirado en la vida—la Anarquía. Sintiose colmado de regocijo, cuando empezaron á notarse los primeros síntomas del despertar de Rusia. En él veía el comienzo de la revolución social que no se limitaría—como Eliseo bien lo sabía—á la Rusia, sino que concluiría por abarcar la Europa.

Después de las matanzas de enero ocurridas en San Petesburgo, aun se atrevió á venir á París y hablar durante algunos minutos saludando los primeros albores de la revolución popular rusa. Pero ya se notaba que aun cuando su inteligencia conservaba

ña, han publicado una traducción castellana de este precioso libro, y de la *Historia de una Montaña*.

En colaboración con su hermano Onésimo, *L'Afrique Austral* (1901) y *L'Empire du Milieu* (1902). Ambas obras están parcialmente traducidas al castellano en la «Novísima Geografía Universal», arreglo de Blasco Ibáñez.

Una *Introduction a la Geographie de la France* (1905), obra importante que encabeza el *Dictionnaire Geographique et Administratif de la France*, de P. Joanne.

toda su lucidez y energía, el corazón ya no funcionaba lo bastante para mantener la vida. Cesó sus latidos en la noche del 3 á 4 de julio.

*

La anarquía ha producido ya una serie de caracteres de una esquisita belleza. Entre los cuales, el de Eliseo ha sido uno de los más sorprendentes, de los más efusivos. Todo había contribuido para ello. Uno ve hombres muy revolucionarios por sus ideas, pero no puede menos que preguntarse: Cómo se las entenderán cuando sea necesario renunciar del todo á muchos hábitos de la vida ociosa, ó de la vida de explotadores de otros oficios y profesiones menos lucrativas, puesto que todos nosotros somos hombres de oficios privilegiados? Cómo se ajustarán á los principios de igualdad, sin los cuales no es posible ninguna revolución social? Con sus espíritus dominadores, en donde hallarán esta tolerancia para las concepciones ajenas, junto al amor apasionado de sus principios personales, esta igualdad intelectual, que constituye la esencia misma de la anarquía? Finalmente, en donde hallarán esta comprensión de los desvíos mismos del espíritu y de las pasiones, que se convierten en un elemento de progreso en las épocas del crepúsculo de los ídolos, del derrumbamiento de un régimen decrepito?

En estos asuntos no existe la menor duda por lo que se refiere á Eliseo Reclus. Era anarquista hasta lo más profundo de su in-

teligencia, hasta la más mínima fibra de su ser. El pan seco le habría bastado para atravesar una crisis revolucionaria y para trabajar en la creación de un porvenir lleno de riquezas para todos. Supo permanecer pobre, absolutamente pobre, á pesar del éxito de sus hermosos libros. La idea de dominar á quienquiera que fuese parece que no le pasó nunca por la cabeza: odiaba hasta los menores vestigios del espíritu dominador. Finalmente, para él, que tan bien ha conocido todas las tribus diseminadas por el globo que nos indican las etapas porque la humanidad ha pasado, para él, que de un solo vistazo podía trazar en su mente el largo martirologio del hombre, la anarquía no era una simple idealidad amable. Era la conclusión, la clave maestra de la historia humana, de la ciencia: el punto de mira tan necesariamente indicado como lo es la estrella hacia la cual se encamina hoy nuestro sistema solar. Y como la naturaleza, la bella naturaleza que amaba como Goethe y Shélley¹ la amaran, era para él una necesidad física, no permitía jamás que lo extraviaran ninguna de las supersticiones inspiradas por el miedo de un más allá imaginario.

A su juicio, lo que también importaría practicar hoy es el ideal. La hipocresía del déspota y del ambicioso que le hace decir estas palabras: «Esto será bueno para mañana; mientras tanto, yo sigo reinando»— esta hipocresía no la conoció jamás. Puesto

1 Gran poeta inglés (1792-1822).

que el estudio de la naturaleza, de la historia, del hombre en todas las latitudes y épocas, lo había conducido á ver en el hombre—la especie y el individuo—el producto del medio; puesto que había concebido la anarquía en su sentido de fuerza progresiva á través de las edades, no era ella para él una vana palabra ó un anhelo distante. Aun hoy, él veía en ella el modo mejor de vivir para los hombres, sin tratar de gobernarse entre sí. Lo practicaba también desde hoy y si de nuevo se hubiera hallado en una Comuna revuelta, su divisa habría sido: La Anarquía franca, consecuente, audaz y por lo mismo triunfante.

PEDRO KROPOTKINE ¹

Traducida para esta COLECCIÓN
de *Les Temps Nouveaux* de París,
15 de Julio de 1905.



1 Conocido pensador revolucionario ruso.

Los Esquimales

Los Esquimales ó Innuits, es decir, los «Hombres» de la América del Norte, lo mismo que los Lapones de Europa, los Samoyedos y los Tchuktchis de Asia, llevan en toda su persona y su género de vida el testimonio palpable de la acción dominante del frío. En primer lugar son pocos, lo que proviene de la pobreza de recursos que les ofrece la tierra ártica, cubierta de hielos en la mayor parte de su extensión. En un espacio de unos 7,000 kilómetros de este á oeste, desde la costa oriental de la Groenlandia hasta el territorio de los Tchuktchis, en la Siberia,—región de unos veinte millones de kilómetros cuadrados, igual á cuarenta veces Francia,—hay menos de cincuenta mil esquimales de raza pura ó cruzada, y, entre ellos los indígenas que, habiéndolo quedado completamente separados del mundo europeo, han conservado su pureza de sangre, no exceden seguramente de quince mil: el país de los Esquimales es, proporcionalmente, cuatro ó cinco mil veces menos poblado que el resto de la Tierra. Por lo demás, aumenta mucho su número en Groenlandia, casi en un 10% durante los últimos años del siglo XIX.

Tan clara y poco densa es la población de esos hiperbóreos,¹ que en muchos puntos los grupos se han perdido de vista, ignorando los unos la existencia de los otros. Tal sucedía con la banda más setentrional de los Groenlandeses, compuesta de una veintena de individuos errantes en las heladas soledades del norte, entre el estrecho de Smyth y el mar Paleocrístico. Cuando los encontró Ross, en 1818, en la playa de Etah, al norte de la bahía

¹ Setentrionales.

de Melville, aquellas gentes quedaron estupefactas de ver otros hombres, y los creyeron descendidos de la luna ó ascendidos de los abismos: se habían imaginado constituir por sí solos la humanidad entera. Como ciento cincuenta serían ahora, según Isachsen, los moradores de esas regiones.

Pero esas estensiones tristes, donde los Esquimales acampan en medio de los hielos, les suministran muy escasamente los recursos necesarios á la existencia. No es, pues, probable que esas tribus hayan tenido por lugar de nacimiento las comarcas de gran frialdad que actualmente habitan, á menos que el clima local se haya enfriado poco á poco, obligando á los aborígenes ¹ á modificarse incesantemente, cambiar su género de vida para acomodarse á la naturaleza del contorno. Se presume que los habitantes del Gran Norte han sido rechazados gradualmente de las regiones más templadas hacia las costas del Océano Polar, y muchos arqueólogos ² ven en ellos Magdalenianos que siguieron la retirada de los hielos en la dirección del norte. En sus viajes, los Esquimales fueron evidentemente guiados por las facilidades de la caza y de la pesca: acompañaron á los bueyes almizclados, las ballenas, las morsas y las focas. Allí donde faltaban esos animales, allí falta también todo vestigio de habitaciones innuits, especialmente en el archipiélago polar del Noroeste.

Cuando la historia menciona por primera vez los Esquimales, varias de sus agrupaciones ocupaban aún comarcas de un clima menos áspero. Hace nueve siglos, cuando los Normandos ³ desembarcaron muy al sud del país de los Innuits actuales, sobre las costas del Helluland ⁴ y del Vinland, los hombres con quienes tuvieron que combatir no eran Algonquines, cazadores de piel roja, sino Skroellingers, es decir, Karalits, puros Esquimales, emparentados con los del archipiélago polar.

En nuestros días está casi en todas partes bien

¹ Habitantes primitivos.

² Estudiantes de antigüedades.

³ Piratas escandinavos (daneses, noruegos, suecos).

⁴ Terranova.—*Vinland*: Nueva Escocia.

marcado el límite entre las dos razas y corresponde con los rasgos de la naturaleza: «Donde están los árboles están los Indios; donde comienza el musgo comienza el Esquimal» dice el proverbio. En la América oriental las guerras de esterminio han dado á esta frontera natural la consagración de la sangre vertida. «La tierra es demasiado pequeña para contener las dos razas», decía un Innuít al viajero Boas. No es ese el lenguaje que se repite entre enemigos de raza y de clase en todo el mundo?

La acción del medio se muestra con claridad en la apariencia física de los Innuits puros, porque es más difícil de hacer constar en los Groenlandeses del sur, que son casi todos mestizos de Dinamarqués y están sometidos á instituciones religiosas y políticas de origen extranjero. Los verdaderos Innuits tienen la cabeza alargada, pero sin fuertes relieves; sus orejas están pegadas á la cabeza, bajo una cabellera áspera y grasosa; su nariz es ancha y poco abultada, excediendo apenas de la redondez de las mejillas; sus ojillos se ocultan bajo párpados espesos y ligeramente tirantes; los pies y las manos, de forma redondeada, no permiten dibujarse exteriormente los músculos. Ellos mismos, bajo sus espesos y peludos trajes de pieles, semejan bolas y parece que ruedan cuando andan.

Así como el hombre en contacto frecuente con el caballo, chalán, palafrenero ó jockey, toma un aspecto caballar, el Esquimal pescador de cetáceos, ofrece de una manera admirable la fisonomía de la foca, rostro aplastado con los escasos pelos del bigote erizados, espresión dulce, ligeramente azorada y un conjunto oleoso¹. Tiene también las costumbres de la foca, alternando largas perezas con una actividad forzada. Ampliamente vestido al exterior, el esquimal ha de atiborrarse al interior con masas de comida de que los europeos no pueden formarse idea. Se habla de 10, 12 y 14 kilogramos de grasa, aceite y carne embutidos y tragados, de una sentada, por un solo Innuít ó «come crudo»;

¹ Aceitoso.

tal es el significado de la palabra «esquimal» dada por los Algonquines á sus vecinos del norte; pero esas prodigiosas francachelas se compensan frecuentemente por ayunos muy prolongados y menos peligrosos para la salud.

Entre los Innuits del Labrador, la gran prueba de los jóvenes, el examen final que los autorizaba para acompañar á los hombres consistía en un ayuno de varios días: teniendo á su disposición una comida abundante y succulenta, preferían desfallecer; no la tocaban.

La forma de las habitaciones, lo mismo que el vestido y el alimento, es impuesta por las condiciones del medio. En ciertos sitios, especialmente en la Groenlandia meridional, los árboles de deriva ¹ que aporta la corriente permiten emplear la madera en la construcción de sus cabañas; en la Groenlandia oriental se utilizan las piedras; pero la exigencia del clima obliga á los constructores á fabricar su *iglou* en la profundidad del suelo: las paredes se forman con montones de barro cubierto de césped ó con capas de musgo, revestidas exteriormente con nieve. En algunas regiones del país esquimal setentrional se construye sólo con nieve la choza redonda, á la que se entra arrastrándose por un estrecho corredor, y allí, durante varios meses de invierno viven hasta diez familias, absolutamente en cueros, sin más fuego que el de la lámpara, en una atmósfera sofocante que llega gradualmente á ser horrible por la acumulación de las inmundicias. Parece imposible que el hombre viva en semejante medio, pero á qué no es capaz de habituarse el hombre? Tratantes en pieles y misioneros, como Petitot, han vivido durante meses en esas horribles madrigueras.

Cuando esos prisioneros quedan libres por el sol de estío, derriban el *iglou*, lo destrozan, y pronto la fusión de la nieve hace desaparecer los innobles restos.

Naturalmente, el clima impedía antes al Inuit toda agricultura, penosamente introducida después

¹ Abandonados á merced de la corriente.

en algunos jardines: los naturales no tienen más alimento vegetal que bayas y frambuesas, y, en tierra firme, la «tripa de roca», liquen de gusto amargo; como también, á manera de verduras, las materias verdes no digeridas que encuentran en los intestinos de los renos.

Casi todo el alimento de los Innuits es animal, obtenido por la cría de ganado ó por la caza y la pesca. Los Tchuktchis del interior tienen grandes rebaños de renos; los Esquimales del Labrador viven principalmente de la caza, y los de la Tierra de Baffin se ven frecuentemente obligados, durante semanas enteras, á perseguir la caza de las llanuras; caribus y bueyes almizclados, porque el «frazis» de las costas, ó hielo ribereño, se extiende demasiado á lo largo de las orillas, impidiendo el empleo de los barcos de pesca. Pero los Esquimales de la Groenlandia, que habitan al borde de mares profundos á los que limpia la corriente costanera, son casi exclusivamente pescadores de focas, y sabido es con qué destreza, qué maravilloso instinto saben desplegar para alcanzar su presa, sea en estío en las aguas libres, sea en invierno debajo del hielo agujereado en una especie de estrecha chimenea por el cálido aliento del animal.

Los instrumentos y las armas del Esquimal, destinados á herir al ser que huye bajo las aguas, son obras maestras de destreza. Los artistas esquimales rivalizan en celo para dibujar, tallar, y, sobre todo, grabar y esculpir. Hasta se dice, que el ingenio de los Esquimales de Alaska se ha revelado por el descubrimiento de la hélice; en mecánica habrían ido más allá que los griegos como inventores. A las puntas de sus flechas, aplicaban la corta hélice uniformemente encorvada hacia la izquierda.

Sin embargo, á pesar de la maravillosa sagacidad del cazador, suele faltar la caza; el hambre, el hambre terrible, domina á veces, y esa calamidad, inminente siempre, esplica rasgos de costumbres que no comprenden las poblaciones sedentarias¹ que cuentan con sus cosechas anuales. Así los la-

¹ Fijas, en oposición á las errantes ó nómadas.

zos de familia se atan y desatan forzosamente según las necesidades de la pesca y de la caza.

Si una mujer del campamento Point-Barrow, resulta débil para llevar la carga en una expedición, queda por eso mismo divorciada y permanece en la colonia con los ancianos y los niños; el marido se hace acompañar por una mujer más fuerte, capaz de sufrir todas las fatigas y de esponerse á todos los peligros del viaje.

Otras veces, la salud común obliga á los pescadores á dejar tras de sí un compañero enfermo ó herido, lo mismo que, durante las tempestades los marineros europeos abandonan, desesperados, el compañero que cae al mar. Como en todos los países del mundo, en el Gran Norte han ocurrido escenas de antropofagia ¹ durante los períodos de hambre absoluta; pero en muchas comunidades innuits se han regulado previamente los sacrificios por el interés común. Con frecuencia los padres se dejan morir de hambre para que los hijos coman; hay madres que, en bien de la gran familia, entregan sus criaturas de pecho.

Hace algunos años que el descubrimiento de unos yacimientos de oro en el Klondyke, en las márgenes del Yukon ² y en el cabo Nome, ha cambiado toda la economía política de las poblaciones innuits, encargadas de suministrar en lo sucesivo á los mineros blancos, pescados, aceite y grasa. Los Tchuktchis del litoral, especialmente, se han enriquecido y pueden mantener bien á sus padres; pero antes, los ancianos, incapaces de seguir á los hombres fuertes en sus cazas y amenazados de perecer de inanición ³ en los campamentos aislados, pedían su fin, y llegadó aquel caso, los hijos y los amigos más queridos se veían obligados, por la costumbre á la vez que por su afecto, á cumplir este deber homicida; á ellos correspondía dar al padre ó al compañero el narcótico anestésico, ⁴ y después de cortarle la carótida, estenderlo

¹ Acto de comer carne humana.

² Río que atraviesa el Canadá y Alaska.

³ Debilidad extrema.

⁴ Que insensibiliza.

sobre su lecho de musgo. En Point-Barrow se continúa la terrible ceremonia, entregando á los perros la carne del anciano, los cuales, á la vez, son devorados por la comunidad, para que el alma del ser que ha dejado de existir se libre de los malos espíritus y sea útil á los vivos. Después de estos ritos lúgubres, se ayuna mucho tiempo, todos observan silencio, y, cuando empiezan de nuevo las conversaciones, se evita toda combinación de sílabas que pueda recordar el nombre del muerto.

A pesar de esos dramas que hace inevitable la amenaza del hambre, no hay poblaciones donde la necesidad absoluta de la ayuda mutua sea más solidaria que entre los Esquimales. Muy habladores, fáciles á las confidencias, se visitan de cabaña en cabaña y de pueblo en pueblo; cuando están bien provistos de alimentos y la caza y la pesca les deja tiempo libre, emprenden viajes de centenares de kilómetros para visitar á los amigos. Todo extranjero tiene derecho á cobijarse en su *iglou*.

Esa bondad natural, ese espíritu de perfecta solidaridad, que llevan el hombre hacia el hombre, son la regla entre los Aleutas y los Groenlandeses.

El agua corriente

Si el agua estancada ó tranquila aísla los hombres, el agua corriente suele unirlos. Los valles cerrados de las montañas, los bosques y los pantanos, los islotes y los lagos son elementos conservadores en la historia de la humanidad; los ríos son, comparativamente, los principales agentes de la vida por la navegación, por los progresos agrícolas, por las emigraciones continuadas, y esto es lo que se denomina con la palabra de sentido amplio: «civilización».

Pensando en los beneficios de toda especie, asegurados al hombre por el movimiento de los ríos, preciso es repetir la frase de Píndaro ¹: «El agua es lo mejor que hay!»

¹ Gran poeta lírico de la antigua Grecia (520 á 440 antes de Cristo).

...Por efecto de circunstancias diversas en el medio geográfico, ciertos cursos de agua, cortados por cierres naturales, ú obstruidos por hierbas y estendiéndose en pantanos, se hallan privados de su acción favorable al hombre en todo ó en parte de su trayecto. Los hay que las poblaciones del interior no pueden abordar, á causa de los bosques medio anegados ó de cañaverales impenetrables que defienden las indecisas orillas, constantemente modificadas por la lentitud de sus aguas y las oscilaciones de la corriente.

Hay todavía gran número de ríos, sobre todo en las regiones tropicales, de vegetación frondosa, que son forzosamente evitados por las tribus ribereñas diferentes de los poblados de bateleros; en otras épocas, antes que comenzara el trabajo de arreglo del planeta, la mayor parte de los cursos de agua, hasta los que tuvieron después mayor influencia en los destinos de la humanidad, tales como el Nilo y los ríos gemelos de Caldea, Indostán y China, fueron mucho tiempo inabordables á los habitantes de las tierras emergidas. Green cita el ejemplo de los ríos de Inglaterra, que han tenido una importancia tan considerable en el organismo nacional, y de los cuales se apartaban los ribereños cuidadosamente antes de la época romana y la de los pueblos marinos invasores: las antiguas ciudades estaban edificadas sobre las colinas del interior, lejos de los pantanos y de los bosques que bordeaban las aguas corrientes. Así es como Viena, una de las ciudades más grandes del mundo, ha huido mucho tiempo de las márgenes del Danubio, casi hasta nuestros días. Sobre las márgenes del Rhin sinuoso, retorciéndose como una serpiente cortada, Schifferstadt, una «ciudad de bateleros» hubo de establecerse hasta lejos del río, sobre un ribazo ¹ ribereño.

El río normal, tal como se mostraba acá y acullá en algunos países privilegiados, y tal como en otros sitios le ha orientado el hombre acercándose á sus orillas, se ha convertido por eso mismo en

¹ Paredón que flanquea un río, un camino, una sima.

el creador de los grandes movimientos históricos. Corre libremente, con una onda, si no igual, al menos continua, y los que residen en sus márgenes ven pasar constantemente los islotes de espuma, las hierbas y las ramas de los árboles entremezclados por la corriente.

No hay medio de sustraerse á la obsesión de ese río, vencedor del espacio y del tiempo; de esa agua profunda y ancha, siempre corriente, reflejando las generaciones en su espejo, en apariencia eterna, inmutable como el destino y, sin embargo, tan variada, tan cambiante por sus crecidas y sus descensos, sus olas, sus ondulaciones y sus arrugas, el brillo de sus resplandores, y el reflejo de sus sombras. De dónde viene ese río poderoso? Los primitivos, acampados en sus márgenes, no podían formarse de ello idea alguna.

Cuál fué el «misterio del Nilo» y de tantos otros ríos, cuya procedencia ignoraban los ribereños, imaginándoselos, en consecuencia, salidos del altar de un dios, ó bien siendo ellos mismos dioses?

Si veían montañas á lo lejos, allí colocaban naturalmente el origen de la corriente, pero no bajo la forma de simples manantiales brotando entre las piedras: la aparición del agua se hacía con acompañamiento de prodigios. Así la epopeya del *Ramayana*¹ nos muestra la «divina Ganga cayendo de los cielos sobre la cabeza de Siva»; luego, después de haber corrido sobre el cráneo del gran dios, «sumergiéndose á través de los tres mundos» y despertando la alegría en el universo entero.

Dónde va ese río? Tampoco lo sabe el primitivo, pero la onda que huye siempre atrae su mirada, y se siente arrastrado á seguirla para visitar con ella los países desconocidos. La corriente le excita de continuo al viaje, así como las aves que ve cruzar en largas bandadas por el valle, hasta perderse en el horizonte.

Cuántos símbolos trágicos suscitaron los poetas

¹ Famoso relato poético de las aventuras del héroe indo Rama. *Ganga*, el río Ganges.—*Siva*, uno de los dioses que componen la Trinidad entre los indos.

en la Sirena ó en la Lorelei¹, en la ninfa encantadora que surgió del agua cristalina y nos atrae á lo profundo! Pero antes de haber tomado una significación temible, la leyenda tenía el sentido más sencillo del mundo: la diosa que atraía á la muerte á tantos jóvenes fuertes y valientes era la onda pura y rápida con sus reflejos cristalinos, sus finísimas arenas y sus remolinos insidiosos!²

La vista del agua corriente impone una parte del ideal en la existencia de todo hombre, hasta en el de inteligencia menos abierta. Un hermoso trabajo de erudición³ debido á Curtius pone de manifiesto cómo el pueblo griego, algo despojado del naturalismo⁴ primitivo, ve todavía en las aguas vivas, seres que obran y trabajan apasionadamente, tomando parte con amor ó con odio en los múltiples acontecimientos de la existencia de los hombres de los países que le rodean. Y si vive la fuente, si fecunda como el Eurotas,⁵ ó mata como el Estigio, como la hidra de Lerna, cuánto más poderoso, ora como aliado, ora como enemigo, puede ser el río que arrasa las ciudades, anega los campos y detiene los ejércitos en sus riberas!

Por eso la travesía de un río fué considerada siempre como un acto de gravedad positiva que exigía plegarias, sacrificios y acciones de gracias. Se hablaba al río como á un dios, ó al menos como á un genio; pero, aliándose con otros dioses, podía-se también tomar venganza de los ríos malos que habían ahogado hombres. De ese modo, según la leyenda, Ciro⁶ castigó al Gindos, un afluente del Tigris, haciendo trabajar todo su ejército durante

¹ Divinidades de las aguas, que detenían con el encanto de su rostro y de su voz á los viajeros para perderlos.

² Engañosos.

³ Muy nutrido de conocimientos.

⁴ Creencia de los que atribuyen todo á la naturaleza.

⁵ Río de Grecia, en cuyas riberas estuvo la antigua ciudad de Esparta.—*El Estigio*, laguna colocada en el infierno, según las creencias religiosas de los griegos.—*Lerna*, pantano en las inmediaciones de La Argólida (Grecia antigua). En él vivió la Hidra, monstruo fabuloso con 7 cabezas de serpiente, devorador de hombres y animales. El héroe Hércules mató la Hidra, es decir, desecó el pantano.

⁶ Fundador de la antigua monarquía persa.

un año para dividirlo en trescientos sesenta canales. Desde ese punto de vista, Jergès ¹, condenando el Helesponto á ser azotado, obedecía á las ideas de su tiempo; porque el estrecho de olas rápidas no era á sus ojos más que un curso de agua como el Tigris y el Eufrates.

Los civilizados modernos, cuya vida se ramifica al infinito en mil pequeñas preocupaciones y en impresiones múltiples que se borran mutuamente, apenas pueden formarse idea del atractivo, del poder ejercido por la vista de una corriente continua, que parece en la Naturaleza como el ser viviente por excelencia y que es al mismo tiempo el dispensador de la vida. Sin embargo, la influencia de este agente, de este trabajador incansable, no deja jamás de impresionar profundamente, aún á aquellos que no están habituados á un solo paisaje, sino que, por la amplitud de sus impresiones y de sus conocimientos, abarcan, por decirlo así, el universo, y se han hecho ciudadanos del mundo entero. Por ello el gran naturalista Hudson, que vivió mucho tiempo en la ribera del Río Negro de Patagonia, trataba en vano de representarse, en sueño ó en sus fantasías imaginativas, paisajes diferentes de aquellos cuya imagen había penetrado en su cerebro: siempre y en todas partes se le representaba la meseta silvestre, la pendiente rápida que descendía á la ribera y la amplia corriente que desaparecía á la vuelta de un promontorio en la luz ó en la sombra.

Cuanto más sencillo es el paisaje fluvial, más domina el espíritu como el único que pueda concebirse. Los que residen en las márgenes del Mississippi, uno de los ríos que mejor conservan su individualidad en el conjunto del curso por la anchura del cauce, la regularidad de la onda, la uniformidad de las riberas y el sombrío muro del bosque lejano ó «cipriera», apenas pueden rechazar la idea de que aquella masa líquida, descendiendo con potencia irresistible, sea el eje central de todo

¹ *Jerges* fué un rey persa (485 á 472 a. J. C.).—El *Helesponto* es hoy el Estrecho de los Dardanelos, entre Asia y Europa.

el mundo habitable. Y si los hombres de pensamiento y de fuerza intelectual no pueden triunfar de esas impresiones duraderas, cómo admirarse del arraigo que pueda tener sobre la imaginación de los ribereños, escasamente cultos, un río como la inmensa corriente del Amazonas, tan largo, tan ancho, tan poderoso, que corta en dos, como un ecuador visible, toda la América meridional? No ha mucho, los Tapuyos amazonianos no podían admitir que hubiera residencia humana fuera de una ú otra orilla del río.

Las obras de los primeros exploradores, Spix, Martius, Bates, Wallace, están llenas de las observaciones más estrañas hechas por sus barqueros: nada de lo que se les decía de la naturaleza de los otros países concordaba con su comprensión de las cosas. Los egipcios de hace seis mil años concebían el mundo á semejanza de su valle nilótico, es decir, como una larga fisura ¹, ocupada en el eje por un río y bordeada de desiertos y de montañas.

Al borde de las aguas siempre en movimiento, de los «caminos que andan», la navegación puede decirse que estaba descubierta de antemano: no bastaba el tronco de un árbol movido por la corriente para atraer los niños que se solazaban en la orilla? no se aprovechaban las aves pescadoras y á veces un animal silvestre de ese vehículo natural?

Así mismo, arrastrado á su pesar por la súbita avenida de los ríos, el hombre ha viajado muchas veces sobre la corriente de las aguas, trasportado sobre alguna isla flotante de terrenos ó de árboles entretejidos por sus ramajes, ó hasta en su misma morada levantada á flote.

La fuerza de la necesidad se convirtió así en la educadora del salvaje: la balsa suministrada por la Naturaleza y á la cual se había atracado, de miedo á los animales de la sabana ó del bosque, quedó en su memoria, y pudo imitarla sin peligro en cuanto el agua se mostró propicia. Y cuando halló que un árbol flotante, quizá ahuecado en un flanco por las caries de la madera, constituía naturalmen-

¹ Hendedura á lo largo.

te una barquichuela bien estable sobre el agua que no rodaba al azar por la corriente, no se sentiría la necesidad instintiva de retenerle cerca de la población y servirse de él en ocasión oportuna, sea para dejarse llevar por la corriente, para atravesar el río y hasta para remontarlo?

Los alegres experimentos de los niños y de los jóvenes les enseñarían regularmente que, nadando medio suspendidos en los troncos flotantes y golpeando el agua con los pies, ó empleando las manos, ramas de árboles ú objetos de otra especie, podían practicar instintivamente el trabajo que se convirtió después en el arte del remo y del virado, trasformando su esquife en un ser de apariencia animada, aunque siempre dócil al impulso del amo. De ese tronco ahuecado por la Naturaleza al que tuvo cavidades ensanchadas por el hombre, por medio del fuego ó por un instrumento, la transición era fácil, y debió de hacerse á las orillas de muchas corrientes por innumerables individuos: de ahí esos barcos monoxilos ¹ que se encuentran en todas las comarcas de la Tierra.

Hasta sin proponérselo, el hombre primitivo aprendió á proveer sus barcos de velas, merced á las hojas y espesas ramas que plega el viento, dando velocidad al conjunto del aparato. Esta embarcación del salvaje puede considerarse como perfecta, en atención á los materiales de que está construida: tales son el barco de corteza de árbol del Níger, el tronco ahuecado de álamo del Tarim ², la piragua de abedul empleada por los Hurones y los Odjibways del gran Norte. El hombre blanco no tiene esquife que pueda luchar con ese barco primitivo, por la ligereza, la facilidad de conservación y reparación y la abundancia de materiales empleados; el «viajero» indio ó mestizo encuentra á la orilla de todos los ríos lo que necesita para construirse un barco; merced á esa piragua portátil, puede atravesar, sin detenerse, todas las regiones canadienses, desde los grandes Lagos á las montañas Rocosas.

¹ Formados de una sola pieza de madera. ² Río de la China.

Lo admirable es, pues, no ver casi todas las tribus salvajes conocer el arte de la navegación, sino encontrar algunas que, viviendo en las orillas de los ríos, no se arriesguen sobre sus aguas. En este caso se encuentran los Botocudos³, que ni se atreven á nadar y no saben construir barcos. Se comprende que, en ciertos ríos de las cuencas del Orinoco y del Amazonas, donde abundan las *pirangas*, temibles pececillos que se lanzan ávidamente sobre el hombre para desgarrarle con sus agudos dientes, las poblaciones ribereñas, temiendo fundadamente á las aguas, se abstengan de aprender la natación; pero cómo explicarse que no naden ni naveguen unos indígenas en las corrientes donde la inmersión casi no ofrece peligro? Evidentemente ha de haber en este caso una superstición religiosa persistente á través de las edades, á pesar del cambio de medio: habiendo vivido en otro tiempo en las márgenes de corrientes prohibidas, por la necesidad de la defensa, y por demasiado peligrosas, han hecho de esta prohibición un precepto inviolable que han conservado en todas sus emigraciones, de río en río.

Así, á pesar del ejemplo contrario que presentan algunas tribus, y á pesar del absurdo lógico de las potencias militares que, volviendo á la barbarie primera se imaginaron todavía que los profundos cursos de agua son límites entre los hombres, entre los pueblos, semejantes á los torrentes de agua salvaje que corren por el fondo de las cortaduras y desfiladeros, se puede considerar el descubrimiento progresivo de la navegación sobre los ríos del planeta como un hecho de orden general realizado sobre mil puntos diversos.

Cuántos progresos se hallan comprendidos de antemano en este maravilloso invento, que añade al movimiento del hombre el de la Naturaleza, y que completa la potencia individual del ser nuestro infinitamente pequeño, con la de un dios poderoso, de fuerza incomparable, infinita, relativamente á nosotros, como la del Mississipí ó del río

³ Indios que habitan las selvas vírgenes del Brasil.

de las Amazonas! Y, no obstante, los primeros navegantes, sacudidos sobre un tronco de árbol que rueda y zozobra, debieron de ser objeto de risas despreciativas: los sensatos, los prudentes, que quedarían á la orilla se burlarían alegremente de aquellos aventureros, de aquellos locos, que, arriesgando su vida, se alejaban de la tierra dura, del suelo firme que pisaron sus abuelos.

Dueños del infinito por la navegación, al menos en su dirección lineal, los ribereños, desde su período primitivo, pudieron aprovecharse ampliamente de su conquista. Sobre los altos afluentes del Amazonas, en la Bolivia, viven tribus, como los Mojos, que no osarían penetrar en el bosque vecino más de un tiro de flecha ó á mayor distancia que la que alcanza el ladrido de un perro, pero que conocen en miles de kilómetros el río y sus afluentes, sus bifurcaciones¹, sus *furos* ó *paranamirim*; esos «salvajes» han visitado otra naturaleza que no es la suya, saben tratar con otros pueblos y se hallan bien en medio de civilizaciones muy diversas. Esos remeros no tiemblan á la aproximación de los rápidos y cascadas; cuando, llevados por la corriente, oyen mugir la ola á sus pies, saben virar á tiempo para deslizarse entre las rocas, evitar los remolinos, y ganar de desvío en desvío la sabana de agua tranquila, el remanso que se estiende al pie las caídas. Donde el desnivel de la corriente es demasiado fuerte, utilizan las grietas de las peñas, los bejucos entrelazados sobre la orilla, las pendientes naturales de los ribazos y las playas arenosas para llevar su barco río arriba ó río abajo.

Más abajo, en el gran río convertido en mar en movimiento, aprenden á huir de las tempestades, refugiándose en medio de los arrastres de hierba ó *cannarana*, que amortiguan las olas; y también á resistir al viento, que les rechazaría río arriba, atando su barco á un tronco de árbol flotante que se sumerge á varios metros de profundidad en la

¹ Ramificaciones.

corriente y continúa corriendo con un movimiento igual siempre.

Para la subida por el río, que dura meses y meses, saben utilizar los vientos alisios, que soplan en sentido inverso de la corriente, y los ramajes laterales que, cuando las avenidas, se llenan contra corriente. En esos viajes, los bateleros no ganan solamente en fuerza y destreza, sino que aprenden también las industrias locales, se habi-túan á hablar lenguas diversas y traen á sus fami-lias conocimientos y enseñanzas de toda clase. Pero ignoran los espacios que podrían recorrer á pie entre los cursos fluviales; ha sido por otros pueblos ó por sus propias exploraciones como los geógrafos blancos han averiguado la existencia de «sabanas» ó «campos» libres de vegetación florestal en el inmenso cercado del territorio amazónico.

Iniciador de la navegación y, por la navegación, de la enseñanza mutua, el río fue también el primer agente natural para enseñar la agricultura, casi sin esfuerzo de iniciativa por parte del ribereño. En sus trabajos de erosión¹ y de depósito, la acumulación incesante de tierras aluviales, el curso de agua, no solamente aporta el suelo nutricio, sino también raíces, granos y fragmentos de plantas que brotan rápidamente en el nuevo suelo, y que el indígena examina con interés á causa de su rareza. Si la planta le conviene, si suministra ali-mento para él y para los animales amigos, cada nueva inundación le permitirá imitar la Naturaleza: quizá recoja las semillas, las raíces flotantes y las confíe al limo virgen que depositan las aguas. Seguramente este trabajo, para el cual basta bajar-se, se hizo en mil puntos de la tierra, y poco á poco aprendió el hombre á repetirlo, no sólo á la orilla de las aguas corrientes, sino también sobre las co-linas y en los claros de los bosques. Esos humildes principios de la agricultura pueden verse como se renuevan en nuestros días sobre las playas emer-gidas de los grandes ríos americanos.

¹ Lavado.— *Tierras aluviales* son las que va depositando el río en sus orillas.

Cuánto debemos, pues, á las aguas corrientes, á todos esos dioses tópicos! ¹ Ellos nos han arrancado á la inercia primitiva, nos han invitado al movimiento, nos han trasformado en una humanidad progresiva que se renueva sin cesar, nos han enseñado, por la aproximación á los otros hombres, las mil diversas industrias y, finalmente, han contribuido á darnos el pan. Estamos así adheridos á los ríos por la memoria conciente ó inconciente de innumerables acontecimientos: sabemos que sus valles fueron las vías históricas de los pueblos en marcha y que la vida de las naciones se ha desarrollado sobre sus riberas.

Las grandes civilizaciones de que hemos salido y sin las cuales no habría humanidad en el sentido moderno de la palabra, no hubieran vivido si no hubiera habido río Amarillo, río Azul, Sindh ² ni Ganga, Eúfrates ni río de Egipto, Níger ni Senegal. El hombre que piensa, pronuncia con piedad filial tan grandes nombres.

Durante el curso de las edades, la acción primera de un elemento del medio se cambia, pues, siempre en su contraria. En el origen, el gran río separaba los hombres; las faunas ³ difieren parcialmente sobre las dos orillas del Amazonas; así, en una época histórica reciente, ciertas tribus, inhábiles para vencer la corriente, no pasaban jamás de una orilla á la otra: el enorme foso lleno de agua en movimiento formaba un límite lo mismo para los hombres que para los animales. Y sin embargo, ese obstáculo, infranqueable para los ribereños primitivos, se ha convertido en el gran vehículo de los civilizados, el medio de transporte para las cosas, los hombres y las ideas. Seguidamente el batelero de los ríos se hace el viajero por tierra, el comerciante, el hombre múltiple y diverso que se encuentra bien en todos los pueblos. Tal es el Diola del Sur, que se encuentra en todas partes, hasta más allá del Níger, y que hizo su primer aprendizaje en las marismas ⁴ del litoral.

¹ De la localidad. — *Inercia*, inactividad. ² Río del Indostán. ³ Animales. ⁴ Terrenos bajos.

El juego

A las causas exteriores de cambio procedente de la naturaleza inanimada, se juntan, en los grupos humanos, las que provienen del impulso dado á la inteligencia por la enseñanza mutua, cuya forma ordinaria es el juego. La libre diversión es uno de los mayores educadores del hombre. Lo que llamamos el juego y que distinguimos con tanto cuidado del trabajo, fué, después del alimento, la forma más antigua de la actividad de los hombres. Así como la madre se divierte enseñando á su hijo de pecho los movimientos, los ademanes y los sonidos que le acomodarán gradualmente á su medio, así también los niños y los jóvenes entre sí sienten profunda alegría haciendo en todos sus juegos el ensayo de la vida.

Es tal su potencia de imaginación, que, estando solos, se complacen en representar escenas en las que son á la vez actores, pacientes y espectadores; pero con cuánta mayor pasión, con qué desenfrenado entusiasmo, con qué sinceridad en la fantasía se entregan á sus juegos cuando participan muchos en él y cada uno tiene su papel en el drama ó la comedia! Son alternativamente cazador y caza, vencedor y vencido, juez y víctima, culpable é inocente; pasan por todas las fases imaginables de la existencia, sienten todas las emociones, y, siguiendo las tendencias naturales de su ser, aprenden á desarrollar tal ó cual de sus cualidades directoras: lo que adquieren tiene en su ser raíces tanto más fuertes cuanto su manifestación se ha hecho inconcientemente; entonces se imaginan ser creadores. Prodúcese en ellos como una especie de ritmo entre la vida práctica ordinaria y la vida de imaginación que da el juego, y esta última existencia suele parecer la más real porque en ella ponen toda su fuerza con la mayor intensidad. No es un simple recreo, como lo practican las gentes gastadas, privadas de su impulso natural, es la realización misma del ideal de infancia ó de juventud.

Por lo demás, este ideal del hombre que se divierte no difiere del que ve flotar ante sí en el reposo de su pensamiento. Hay quien en sus juegos aprende á quedar libre, á ser un compañero franco y bueno; hay quien se ingenia para mandar ó se habitúa á servir. En las diversiones, como en la vida seria, se ven tiranos y esclavos.

La imitación

Aun sin saberlo, el hombre, juegue ó trabaje, se deja siempre arrastrar por el ejemplo de otros; la mayor parte de las espontaneidades aparentes no son sino imitación. Así como el historiador puede hacerlo constar en el origen mismo de la humanidad, el mundo de los animales á que pertenecemos y que continuamos es nuestro gran educador y nos ofrece preciosos ejemplos para todos los actos de la vida.

En primer lugar, la ciencia por excelencia, la que consiste en buscar y en encontrar el alimento, no ha sido admirablemente enseñada al hombre por sus hermanos mayores, vertebrados é invertebrados? Si el hombre, animal también, sufría por ignorar las artes de la recolección, de la caza y de la pesca, no se multiplicaban los ejemplos que debía seguir á su alrededor? En la playa, los cangrejos y otros crustáceos indican los puntos de la arena ó del limo donde se ocultan determinados «frutos de mar»; todo animal que iba á recolectar frutos, á la escavación en busca de raíces, al cebo ó á la pesca fué cuidadosamente observado por el famélico ¹, y éste probó á su vez las comidas más diversas, bayas y frutas, hojas y raíces, animales chicos y grandes que veía servir de alimento á sus hermanos inmediatos. Además, el hombre ha podido preguntar á sus educadores el arte de almacenar sus víveres para los tiempos de escasez: los térmitas ², las hormigas, las abejas, los gerbos, las

¹ El hambriento.

² Insectos conocidos también con el nombre de hormigas blancas. — Los *gerbos*, roedores muy parecidos á las ratas.

ardillas y los perros de las praderas le han enseñado á construirse silos ¹ para conservar en ellos el excedente de alimento recogido en las estaciones de abundancia; hay villa de térmitas, construída con un método arquitectónico muy superior al de las villas humanas de la misma comarca; ofrece un conjunto maravilloso de galerías, de graneros, de secaderos y de almacenes que constituyen un mundo. Por último, cuántos medios terapéuticos ², hojas, maderas ó raíces, ha visto emplear á los animales el enfermo ó el herido!

Hasta es posible que en varias comarcas deba el hombre los principios en agricultura al ejemplo de los animales. Según el naturalista Mc. Gee, el trabajo de la tierra americana dirigido á obtener una cosecha anual parece haber tenido origen en pleno desierto, especialmente en el país de los indios Papajos ó Papagos, parte del Arizona próxima al golfo de California, donde los indígenas tienen á la vista el trabajo de las hormigas «laboriosas», cuyas colonias se extienden por la llanura en docenas de millones, y han puesto en producción la cuarta parte si no la tercera de toda la Papaguería. Cada colonia tiene su campo de cereales bien conservado y el aire bate el grano con una limpieza perfecta.

El natural amor propio, suscitado ³ á la vista de esos prodigios, había necesariamente de impulsar al Piel Roja á imitar la obra de la hormiga: cada año visita las regiones del Sur para traerse maíz, pepitas de calabaza y judías, que á su vuelta, al principio de la estación de las lluvias, tira en las tierras regadas y en el suelo de los barrancos húmedos. Esa práctica de siembra data probablemente de las edades más antiguas y hasta parece haber sido en ese país la principal causa de la organización de los papagos en tribu. La agricultura, dice Mc Gee, en otra memoria, fué en sus orígenes una «industria del desierto». Es esta, sin duda, una afirmación demasiado categórica ⁴; pero al me-

¹ Silos, subterráneos secos en donde se guardan granos, forrajes. ² Curativos. ³ Despertado. ⁴ Clara, precisa.

nos es cierto que la antigua hipótesis, relativa al nacimiento del cultivo en las tierras más féculdas, ha de ser también revisada.

Si el hombre debe mucho á su educador el animal respecto al modo de buscar y conservar el alimento, á él también, ó á sus propios antepasados, no menos debe el arte de escoger una vivienda ó de hacerse un abrigo. Más de una caverna le sería desconocida si no hubiese visto al murciélago rodear la fisura de la roca en cuyo fondo se abre la puerta secreta de las galerías subterráneas. Muchas buenas ideas le fueron dadas por el ave constructora de nidos, tan hábil en el arte de entretejer fibras, lanas y crines y hasta de coser las hojas. El mundo de los insectos pudo enseñar diversas industrias, sobre todo la araña, que teje entre dos ramitas tan maravillosas redes, á la vez dúctiles, elásticas y firmes. En el bosque se complace oyendo el ruido rítmico que hace el gorila golpeando una calabaza; sigue los caminos abiertos por el jabalí, la danta ó el elefante; observando las huellas del león, sabe hacia qué lado encontrará el agua en el desierto, y el vuelo de las aves elevado á gran altura, le hace adivinar el paso más fácil para la travesía de la montaña, y, sobre la redondez del mar, el estrecho más corto, la isla invisible desde la costa.

Frecuentemente el instinto común al animal y al hombre enseñó á éste el arte de fingir, de huir ó de disfrazarse en el momento de peligro, y los ejemplos del animal lo mismo que los recuerdos de la propia raza, le habían enseñado á «hacer el muerto», es decir, á permanecer inmóvil para no atraerse sobre su cabeza el picotazo ó el zarpazo. Las madres pueden también aprovechar, para la educación de sus hijos, el arte con que las aves dan la comida á los suyos, de medir el alimento y el tiempo del vuelo y de soltar los pajarillos ya dueños del espacio. Finalmente, el hombre ha recibido del ave el inestimable sentido de la belleza, y, más aún, el de la creación poética. Cómo olvidar la alondra que se lanza recta á la altura dando

gritos de alegría, ó al ruiseñor que, durante las noches de amor, llena el sonoro bosque con sus modulaciones ardientes ó melancólicas! En la actualidad aprende á imitar al ave para construir aereonaves; lo mismo que antes imitó al pez para modelar esquifes con una columna vertebral que sirviera de quilla, espinas convertidas en ligazones y aletas transformadas en remos y en timón.

El dominio de la imitación comprende el mundo de los hombres lo mismo que el de los animales. Basta que una gregaria ¹ esté en contacto con otra para que la necesidad de parecerse por tal ó cual carácter se haga pronto sentir. En un mismo grupo étnico ², el individuo que se distingue de los otros por algún rasgo notable ó por algún trabajo personal se convierte también en un modelo para sus compañeros, y por ello cambia en otro tanto el centro de gravedad intelectual y moral de toda la sociedad. Por lo común, la imitación se hace de una manera inconciente, como por una especie de contagio, pero no por eso es menos profunda, á y quien toca queda modificado en todo su ser. Las imitaciones concientes tienen una parte menos importante en la vida, pero todavía muy considerable, puesto que el hombre deseoso de hacerse semejante á los otros puede ser impulsado por las facultades diversas de su sér, sea por simpatía, cuando se trata de un amigo, sea por obediencia, respecto de un amo, ó por fantasía, por moda y también por el deseo y la comprensión razonada de lo mejor.

La mayor parte, si no todas las funciones de orden intelectual, lenguaje, la lectura, la escritura, el cálculo, la práctica de las artes y de las ciencias suponen la preexistencia y la cultura de la aptitud para la imitación; sin el instinto y talento de imitar, no habría vida social ni vida profesional. No ha comenzado la literatura primitiva por la danza, es decir, por pantomimas, actitudes rítmicas, acompañadas de la cadencia de los instrumentos

¹ Grey ó rebaño.

² Que pertenece á determinado pueblo.

y del sonido de la voz humana? Y la primera forma de la justicia, es decir, del tali3n¹: «Ojo por ojo y diente por diente!» no es imitaci3n pura? Todo el c3digo de las leyes no fu3 en otro tiempo m3s que la costumbre: se hab3a convenido t3citamente² en repetir sin cesar, bajo la forma antigua, lo que hab3a sido hecho desde tiempo inmemorial, y 3 este respecto la ley inglesa, que procura con tanto empe3o apoyarse en los «precedentes» se repite como una campana cuyo sonido es siempre el mismo. La regla de las conveniencias sociales es devolver visita por visita, comida por comida, regalo por regalo, y la moral misma ha nacido en su esencia de la idea del deber, del pago, de la restituci3n de un servicio al hombre, 3 un grupo colectivo, 3 la humanidad.

El mandil de Kaueh

El hecho m3s antiguo de la historia ir3nica³, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del f3rrago legendario de las cr3nicas contradictorias, que los antiguos Persas, destinados 3 sufrir la tan dura opresi3n de los reyes, tuvieron tambi3n sus d3as de noble reivindicaci3n: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un per3odo desconocido y no se sabe qu3 personajes se hab3an arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la claridad de la narraci3n, tal como la trasmite la epopeya⁴ persa, no permite duda acerca de esta revoluci3n de los antiguos tiempos, encajada en la estra3a f3bula del monstruo Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que s3lo se alimentaban de cerebros humanos. Diecisiete hijos del herrero Kaueh hab3an sido ya trepanados⁵ por las serpientes reales y no le quedaba m3s que uno,

¹ Ley seg3n la cual se le aplica al culpable el mismo perjuicio que ocasion3.

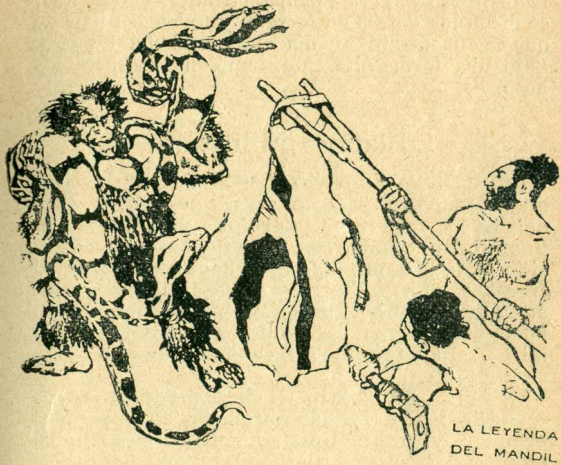
² Calladamente.

³ Del Iran 3 antigua Persia.

⁴ Relato po3tico de hechos memorables.

⁵ Agujereados en el cr3neo.

designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh, enarbolando su mandil¹ de herrero en un palo y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas—martillos, pun-



Cliché Alsina

Dibujo de Kupka

zones y sierras—se precipitó sobre Zohak: el monstruo, acobardado, huyó hacia el Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años el mandil de Kaueh fué el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirle de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hom-

¹ Delantal.

bres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los Musulmanes¹ cuando el formidable choque de Kadesieh, y que los vencedores se repartieron los restos; pero «no era aquella la bandera verdadera», se dicen los Persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente, también lo esperamos nosotros.

La llama purificante

Los cultos primitivos, que se mezclaron con otros elementos para constituir después el mazdeísmo² y valieron á las regiones de Irania el nombre de “comarcas puras”, parecen haber sido el de la labranza, que hace colaborar al Hombre con la Tierra, y el de la llama purificante; esta doble adoración quedó mucho tiempo encerrada en el círculo estrecho de las familias, sin la temible intervención de una casta sacerdotal.

El culto del Fuego es ciertamente de todos el más sencillo, el más normal y fácil de comprender y de justificar científicamente. En cuanto el hombre, libre del terror primitivo, comenzó á reflexionar sobre los efectos y las causas en el inmenso universo que le rodea, hallaría natural adorar el gran astro de donde, para la Tierra y sus habitantes, procede toda vida. Antes del alba hace frío, todo está triste, el hombre permanece inquieto por los sueños de la noche; mas apenas el Sol redondea sobre el horizonte su curva centelleante, la Naturaleza se estremece de amor, las flores se entreabren, los pájaros cantan, los hombres, dichosos por el despertar, se ponen al trabajo con alegría. Después, cuando el astro, habiendo recorrido su carrera, se oculta rojo y suntuoso

¹ Los secuaces del Profeta árabe Mahoma. En 636 triunfaron de los persas en Kadesieh, al N. de la Arabia.

² La religión fundada por Zoroastro en la antigua Persia.

en su lecho de nubes, cuando el ancho disco se ha sumergido en el Océano, todos van al reposo, y el sueño entorpece los seres, preparándolos para el renuevo del día siguiente. La fuerza del Sol pasa al fuego, reflejo terrestre, chispa del sublime hogar, que penetra en la savia de los árboles, en la sangre de los animales y de los hombres, en nuestros músculos y en nuestros cerebros. Que el Sol cese de brillar, y sobre la Tierra todo desaparecería al mismo tiempo. Que el calor disminuya á consecuencia de un viaje escéntrico en el infinito, entraríamos en «el gran invierno», y nuestra civilización tan decantada¹ se volvería bárbara; los glaciares² que habían retrocedido hacia el polo, emprenderían nuevamente su curso para descender del círculo glacial y arrasarse otra vez las campiñas y todas las obras del hombre.

Es, pues, plausible que de todas las raíces que elevaron el gran árbol de la religión mazdeista, la más antigua sea el culto del Sol y de su representante en la Tierra, la Llama deslumbradora, que arde y purifica. Esa religión primera, cuyas huellas ha borrado parcialmente la evolución general de la humanidad, conservaba en el iranismo caracteres tan vivos y precisos que respecto de él los pueblos se encontraban todavía en su estado de emoción primitiva.

Verdad es que en todo tiempo el animal y el hombre habían conocido el fuego, sea en los cráteres de los volcanes, sea en los árboles encendidos por el rayo, sea también en el choque de los fragmentos del sílex³ ó en las ramas de diferentes especies que se encienden por la fricción; pero cuán prodigioso fué el descubrimiento que enseñó el arte de conservar la brasa ó la llama, y, lo que es mejor, de producirles á voluntad! En comparación de ese des-

¹ Ponderada.

² Masas de hielo.

³ Pedernal.

cubrimiento primero, todas las invenciones de que tanto nos enorgullecemos son poca cosa, simples trasmutaciones¹ de la fuerza inicial que nos fué dada cuando, merced á su genio, vió un hombre brillar la chispa ante sus ojos: desde entonces existieron en germen todas las industrias. Había nacido la más noble figura de la historia mítica² y de la historia real, la de Prometeo, «el raptor del Fuego».

Compréndese que las primeras prácticas de la creación del fuego hayan sido consideradas como santas y que los jefes de familia hayan considerado como un deber producir el fuego según el antiguo procedimiento, por el frote de un palito puntiagudo de madera fuerte girando sobre el agujero de otro palo de madera blanda. El fuego doméstico quedó, durante miles de años, rodeado de todos los signos exteriores de una veneración profunda; y es curioso que las mismas ceremonias se hallan idénticas entre los panteístas³ y los politeístas arios de la India, entre los dualistas iránicos y los fetichistas de Africa y del Nuevo Mundo; prueba de que el culto del Fuego había precedido entre unos y otros á las evoluciones religiosas y al dogma propiamente dicho.

Ese culto primitivo que respondía á una conquista de la mayor importancia, realizable en todas partes y casi independiente de las condiciones geográficas, fué, de todas las religiones, la que pudo pasarse más tiempo sin ceremonias sacerdotales: la conservación del fuego era el oficio natural de la madre de familia,

¹ Cambios.

² De las fábulas, tradiciones de los pueblos antiguos. — *Prometeo*, uno de los titanes ó gigantes que robaron al cielo, en beneficio de los hombres, el fuego sagrado. El dios Júpiter, lo enclavó en el monte Cáucaso para que allí un buitre le devorara las entrañas durante 30,000 años.

³ *Panteístas*, los que adoran á Dios en todas las cosas de la naturaleza. — *Politeístas*, que adoran varios dioses. — *Dualistas*, los que en Irania (antigua Persia) admitían la coexistencia de dos principios opuestos (Dios, Diablo, bien, mal, p. ej.) — *Fetichistas*, adoradores de objetos á los cuales se les atribuye una influencia oculta.

de la que conserva la vida en el hogar. Ahora mismo, después de miles de años, quizá diez mil, quizá cien mil, ese culto suele espresarse sin palabras, pero con solemne reverencia, en innumerables habitaciones: entre los Gatchas, por ejemplo, pueblo pamirio¹ primitivo que no tiene sacerdotes, la brasa se despoja religiosamente cada mañana de las cenizas que la cubren; y es tal el respeto que inspira su calor, que es al mismo tiempo luz, que se guardarían mucho de tocar el carbón flameante con objetos impuros, ni siquiera con el aliento, porque desde los orígenes comprendió el hombre que el soplo, tomado de la pura atmósfera, se carga á cada espiración de un veneno sutil; para extinguir respetuosamente la llama se ha de agitar la mano según los ritos ordenados. La brasa es, sobre la piedra del hogar, lo que para el Universo es el Sol triunfante que preside cada día la obra del trabajo.

Esta religión primitiva de la llama vivificante ha persistido en todo tiempo, penetrando las otras religiones, aun aquellas que nacieron del espanto de la muerte: no hay iglesia en que no brille una pequeña llama inextinguible, y donde no haya vírgenes que simbolicen la duración de la vida nacional por la adoración perpetua, encargadas de conservar el fuego continuo de la brasa ó de la llama. Pero en los cultos confiados á la gerencia de los sacerdotes, el simbolismo ha reemplazado á la realidad concreta, y la fe ha dejado de ser viva, como lo es todavía en las montañas de Irania y en muchas villas de Europa, donde las mujeres cubren cuidadosamente el fuego de la noche, para encontrar á la mañana los carbones vivos que transmiten el ardor oculto al sarrimento que chisporrotea. En todo tiempo fueron esas mujeres las verdaderas sacerdotisas del fuego.

¹ De la meseta de Pamir, en el Asia Central.

El culto del arado

Otra religión nació para los antepasados de los Iranios cuando uno de los inventores de esos tiempos antiguos imaginó fijar un palo puntiagudo ó un cuchillo de sílex á un arado primitivo arrastrado por bueyes domésticos, que eran los animales más respetados después del perro, el que, dicho sea de paso, era ya un amigo y se le nombraba inmediatamente después de los hombres libres.

No se sabe donde se hizo ese descubrimiento de la aereación metódica del suelo fecundo, pero la veneración que los Arias orientales de los Vedas ¹ profesan por la labranza, demuestra que esa práctica les era hereditaria, y guía el ingenio del investigador hacia las mesetas de donde habían bajado. Por otra parte, se encuentra también el conocimiento del arado al pie de la vertiente occidental del Irán, en la Mesopotamia, en una época que es á lo menos de siete mil años. Desde esas comarcas de la Cis-Irania y de la Trans-Irania, el descubrimiento de la labranza se esparció sobre gran parte del Mundo Antiguo, sea directamente, sea reemplazando al cultivo á la azada, mucho más sencillo, usado precedentemente.

La revolución cumplida en la sociedad, y, por consecuencia, en el mundo del pensamiento, por efecto de la reja del arado, es de aquellas que profundizaron más en la vida de las naciones y las impulsaron más hacia vías nuevas. De ese modo, la forma del labrado, convertida en estos tiempos modernos en símbolo del espíritu conservador por excelencia, fué, en cierta época, un acontecimiento revolucionario. Además, ese cambio en las prácticas del labrador tuvo, según parece, por consecuencia pro-

¹ Así se llaman los más viejos libros sagrados de los indos. Los Arias pertenecieron á una vieja y noble raza que habitó el centro del Asia; de ellos proceden los pueblos indoeuropeos.

ducir la sustitución de un alimento por otro en la nutrición de las poblaciones iránicas. El cereal que hasta entonces había suministrado el pan del hombre era el mijo; pero cuando el agricultor tuvo á su disposición un instrumento que le permitió remover más fácilmente y con mayor profundidad y anchura en el suelo, otras plantas nutritivas le reemplazaron poco á poco en la alimentación, el trigo y la cebada, cuya patria buscan los botánicos en las montañas del Irán y del Asia Menor

La perspectiva de las edades aproxima los acontecimientos realizados en una época lejana, y, por consecuencia, el historiador arriesga engañarse viendo en un mismo cuadro, cuyos planos se confunden, los descubrimientos sucesivos efectuados en tiempos lejanos. Pero si es verdad, como suele admitirse, que la utilización de los animales domésticos y la invención de la rueda hayan casi coincidido con el perfeccionamiento de la labranza y la adquisición de un alimento más rico, el hombre del mundo ario se habría visto envuelto en un ciclo¹ maravilloso de progreso en las artes, la ciencia y el pensamiento. Se comprende que nuestros antepasados, poseídos de cándido entusiasmo por las victorias que acababan de obtener sobre el destino, hayan forjado en su cerebro una religión nueva, la de la Agricultura, con sus fiestas del Trabajo, de la Siembra y de la Siega: «Cuál es la buena obediencia á la verdadera fe?» pregunta un pasaje del Avesta². «La vigorosa cultura del trigo», responde Ormuzd³. «Cuando brota el trigo, los demonios se asustan; cuando se le siega, gritan de espanto; cuando se le muele, desaparecen».

¹ Circulo.

² Así se llaman los tres primeros libros del *Zendavesta*, ó la ley de Zoroastro, reformador religioso de la antigua Persia.

³ Genio benéfico entre los antiguos arios; se opone á Arimán, genio del mal y de las tinieblas. Ormuzd es el ordenador del mundo, el dispensador de la luz, la fuente del bien.

El culto primitivo del Fuego, del Trabajo, del Arado, de los Bueyes domésticos y del Pan vivificante nació del sentimiento de la gratitud, al mismo tiempo que de una admiración bien justificada, y esta veneración primera no contribuiría en manera alguna al rebajamiento intelectual del individuo, en las prácticas de esas religiones nada podía degradar al fiel. La corrupción y el embrutecimiento no se hicieron sentir sino con la observancia forzada de los ritos y la necia repetición de las fórmulas; el culto no se convirtió en causa de retroceso mental hasta el momento en que cayó bajo la dirección de los sacerdotes conservadores, quienes, en pago, se hicieron conceder el diezmo, el quinto ó el tercio de los bienes.

Caín y Abel

La leyenda referida en la Biblia acerca de los dos hijos de Adán, el labrador y el pastor, espone, bajo una forma trasparente, la evolución que produjo la agricultura babilónica ¹ en el conjunto del saber humano; porque indudablemente el mito contenido en esa borrosa relación no es de origen hebreo: es demasiado contradictorio para que se le pueda explicar de otro modo que despojándole de las falsedades evidentes, introducidas por un copista torpe, probablemente un escriba ² del templo judío. En efecto, aunque los Israelitas conocían perfectamente la agricultura en la época en que fué reproducido por ellos el documento relativo á los dos hermanos Caín y Abel, los recuerdos de la antigua sociedad patriarcal les mostraban en el estado de pastor la verdadera edad de oro de su raza: á sus ojos, la condición de pastor, la de los antepasados Abraham, Isaac y Jacob era la que un deber piadoso les obligaba á glorificar sobre todo. De ahí esa

¹ De Babilonia, célebre capital de la antigua Caldea.

² Intérprete de la ley.

sustitución del pastor al labrador como ser especialmente favorecido por Dios.

Según la forma judaica de la leyenda, la divinidad sensual á quien habían seducido las carnes succulentas asadas sobre el altar, empapadas en humeante grasa, recibió con especial complacencia la ofrenda del pastor Abel y rechazó los frutos presentados por el humilde labrador. Esta injusticia flagrante¹ del dios carnívoro fué la causa del primer odio y del primer homicidio. Y sin embargo, el conjunto de la historia demuestra que las bendiciones de la inteligencia, de las invenciones, y de los progresos de toda clase se dirigen precisamente al hermano maldito; á él, al labrador, es á quien la leyenda, bajo su forma primitiva y completa, debía evidentemente favorecer. Caín tiene la categoría de primogénito, lo que ya indica una idea de superioridad en la intención del narrador, pero tiene la superioridad principalmente por la comprensión de las cosas, porque Caín construyó la primera ciudad; uno de los suyos fué el primer industrial por haber descubierto el arte de forjar toda clase de instrumentos de cobre y de hierro; otro de sus nietos inventó el arpa y el órgano, es decir, los instrumentos de cuerda y los de viento. Qué más! hasta un descendiente de Caín, nuevamente convertido en pastor, enseñó á otros pastores el arte del tejido. Toda la civilización procede, pues, del primer hombre de genio que supo abrir el surco y retirar de él la espiga de que la muela estrae la harina que se convierte en pan.

No fué este, en efecto, el resumen de toda la historia económica? Si nos colocamos en el punto de vista que fué sin duda el de los Caldeos², redactores originarios de la leyenda, Caín es, pues, un personaje muy diferente del

¹ Evidente.

² Habitantes de Caldea, antigua provincia asiática cerca de la confluencia de los ríos Tigris y Eufrates.

que nos representa nuestra imaginación, influida por la copia infiel del documento, y el primer asesinato atribuído al labrador no debe imputársele en manera alguna, porque no coincide con la verdad social. Históricamente, en los conflictos de pueblo á pueblo, el ataque no viene del labrador pacífico, sino del nómada que va en busca de tierras nuevas. Por lo demás, la idea del asesinato había de nacer más fácilmente en el hombre que degüella y desuella animales que en el que se ingenia para construir el arado de madera. La historia del primer asesinato, referida bajo la forma judía, es en realidad la primera calumnia.

El rey de la creación

Si en casi todas las comarcas, á lo menos fuera de las llanuras, cuentan los hombres que sus primeros abuelos descendieron de las altas montañas que limitan su horizonte, esas leyendas provienen de un puro efecto de óptica. Las altas cimas que se dirigen al cielo rompiendo las nubes, no parecerían al primate, ¹ animal privilegiado, la morada de los dioses, á cuyos pies vería en su imaginación el nacimiento de sus primeros padres?

El hombre es un dios caído que se acuerda de los cielos!

así cantaba Lamartine. ² No es un «dios-caído», porque sube más bien, pero recuerda todo un infinito. Salido de generaciones sin número, otros hombres ó antropoides, animales, plantas, organismos primarios, recuerda por su estructura todo lo que sus antepasados han vivido durante la prodigiosa duración de las edades; resume bien en sí todo lo que le precedió en la existencia, del mismo modo que en su vida embrionaria presenta sucesivamente las formas diversas de las organizaciones

¹ *Primates y antropoides*, monos parecidos al hombre (gorila, chimpancé, p. e.)

² Poeta, orador y estadista francés del siglo XIX.

más sencillas que la suya. No es, pues, únicamente en las tribus salvajes donde ha de buscarse al hombre antiguo, sino, todo lo lejos posible, entre sus abuelos los animales, allá donde irradian los primeros resplandores de la inteligencia y de la bondad.

Las sociedades animales nos muestran, en efecto, sea en germen, sea en estado de realización ya muy avanzada, los más diversos tipos de nuestras sociedades humanas, siéndonos posible buscar en ellas todos nuestros modelos: en sus grupos tan variados encontramos ese mismo juego de los intereses y de las pasiones que incesantemente solicitan y modifican nuestra vida y determinan las marchas progresivas ó retrógradas de la civilización; pero las manifestaciones del animal, más cándidas, menos complejas, desprovistas de la envoltura de frases, escritos, leyendas y comentarios que disfrazan nuestra historia, son más fáciles de estudiar, y el observador logra ver entorno suyo los pequeños y diversos mundos en el corral, en el matorral vecino, en la atmósfera y en las aguas.

«En el tiempo en que las bestias hablaban», los hombres las comprendían. Los seres de dos y de cuatro patas, de piel lisa, de plumas y de escamas no tenían secretos los unos para los otros, y el acuerdo era tan completo, que el pueblo, superior á los filósofos por la justa aunque subconciente inteligencia de las cosas, continuó mucho tiempo, continúa todavía aquí y allá, entreteniéndose con los animales en esos cuentos de hadas que constituyen una parte tan importante de la literatura, hasta la más importante de todas, porque es ciertamente la más espontánea: ignora su propio origen.

El hombre se inclina á creerse el «rey de la creación», y hasta sus religiones parten de esta idea fundamental. Se comprende: el ser que ve todos los rayos converger á su mirada, todas las apariencias tomar una realidad en su cerebro, ha de considerarse forzosamente como el centro de todo y como superior á todo: por la prolongada reflexión y el examen constante de la vida, llega á conocer el valor y el lugar relativo de los seres, lo mismo que

la igualdad virtual, ¹ en la evolución general, de todas las formas que se desarrollan á través de las edades.

El hombre ni siquiera puede pretender la superioridad que podría darle el hecho de ser la obra más recientemente brotada del funcionamiento de las fuerzas naturales.

Desde las épocas remotas, muchas especies han podido nacer de las acciones físicas y fisicoquímicas del medio terrestre modificado incesantemente; sabido es que, según Quinton, ² todo el mundo de las aves, por su formación, correspondería á un período posterior al del hombre. Por último, entre las especies pertenecientes á familias que existen desde las edades más lejanas, muchas, evolucionando en una vía diferente de la que el hombre ha seguido, no se mueven en el sentido de una vida social que no es ciertamente inferior al caos en que bregan los humanos en constante lucha? Las hormigas, las abejas, los castores, los perros de las praderas que, salidos de sus escondrijos, viven en repúblicas dichosas; las grullas, que dibujan en el aire azul los dos rasgos concretos de su vuelo convergente; todos esos animales tienen también su civilización que quizá equivalga á la nuestra.

Si el hombre no hubiera tenido á la vista más que los ejemplos dados por sus compañeras las bestias; si no hubiese obtenido su apoyo en las luchas de la existencia; si, por otra parte, no se hubiera ingeniado para sustraerse á la acción de los enemigos ó para triunfar de ellos, hubiera permanecido un bípedo salvaje entre los cuadrúpedos, sin más bienes que su herencia de bestia, y ningún progreso se hubiera cumplido en su destino; quizá hubiera sucumbido. Por otra parte, no faltan comarcas, aun en nuestros días, en que el hombre no ha podido sostenerse contra sus rivales en la batalla de la vida.

¹ Que en sí tienen, aun cuando no se manifieste.

² Científico francés y autor de una obra muy interesante, *El agua de mar* (L'eau de mer).

Ciertas plantaciones en las vecindades de Singapour¹ quedaron desiertas á causa de las terribles visitas del tigre real; en diversas partes de Africa se han dispersado los espantados indígenas, viendo las huellas de los elefantes, que se fraguan caminos á través de los bosques, aplastando las ramas bajo el peso de su ancha pata, hasta que comienza el blanco la guerra de esterminio contra el animal de colmillos de marfil. En Guatemala, sobre la vertiente del Pacífico, algunos distritos visitados por los murciélagos vampiros han sido forzosamente abandonados por el hombre, impotente para guardar su rebaño, y amenazado él mismo de muerte cuando una abertura de su cabaña permitía la entrada al temible chupador de sangre. En fin, los infinitamente pequeños, sin hablar de los microbios del aire, son á veces adversarios á los que ha de ceder el colono.

En las regiones en que los mosquitos, arremolinados formando nubes, caen sobre los aterrorizados seres vivientes, era imposible la lucha antes que los médicos entomólogos² descubriesen el poder de los mosquitos anofeles respecto del transporte de los microbios, y enseñaran y propagaran los medios de combatirlos bajo su forma larvaria. En las riberas del lago Pontchartrain y de muchos lagos de la Luisiana, en los islotes herbosos del Bahr-el-Ghazal³, que habitan los Nuer y los Denka, sería imposible vivir y permanecer si no se embadurnasen con arcilla, de ocre ó de ceniza.

En tales sitios, apenas podría el hombre pasar y huir; pero en la mayor parte de las extensiones terrestres ha podido luchar, acomodarse al medio, y, sea por sus fuerzas aisladas, sea por la alianza con otros animales, ha logrado hacerse en el mundo esa gran plaza que presupone, en la lucha por la existencia, el dominio efectivo sobre gran número de especies animales y la superioridad incontestable sobre los otros, excepto, por limitado tiempo, sobre los invisibles microbios.

¹ En la Indo-China inglesa.

² Que estudian los insectos.

³ En el Africa.

La ayuda mutua

La imitación se confunde en muchas circunstancias con la ayuda mutua, que fué en el pasado, que es aún en nuestros días y que será en todos los tiempos el principal agente de progreso del hombre. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX Darwin, Wallace y sus émulos espusieron tan admirablemente el sistema de la evolución orgánica, por la adaptación de los seres al medio, la mayor parte de los discípulos no miraron más que el lado del asunto desarrollado por Darwin con más detalles y se dejaron seducir por una hipótesis simplista¹, no viendo en el drama infinito del mundo viviente sino la «lucha por la existencia». Sin embargo, el ilustre autor del *Origen de las Especies* y de la *Descendencia del Hombre* había hablado también del «acuerdo para la existencia»; había celebrado «las comunidades que, gracias á la unión del mayor número de miembros asociados, prosperan bien y llevan á buen término la más rica progenitura».

Pero, cuántos pretendidos «darwinistas» quisieron ignorar completamente todos los hechos de ayuda mutua y se pusieron á vociferar con una especie de rabia, como si la vista de la sangre les excitase al asesinato: «El mundo es un circo de gladiadores...; toda criatura está adiestrada para el combate!» Y bajo la cubierta de la ciencia, cuántos violentos y crueles se encontraron de pronto justificados en sus actos de apropiación egoísta y de conquista brutal; satisfechos de contarse entre los fuertes, cuántas veces han lanzado el grito de guerra contra los débiles: «Ay de los vencidos!»

No hay duda que el mundo presenta al infinito escenas de lucha y de carnicería entre todos los seres que viven sobre el globo, desde las semillas en conflicto por la conquista de un terruño y los huevos de pescado que se disputan el mar, hasta los ejércitos en batalla esterminándose con furor

¹ Suposición que solo le ve un aspecto á las cosas.

por el acero, las balas y los obuses¹; pero los cuadros opuestos son todavía más numerosos, puesto que la vida predomina, y que sin la ayuda mutua la vida misma sería imposible. Toda vez que las plantas, los animales y los hombres han logrado desarrollarse en tribus, en pueblos inmensos, y que entre ellos un gran número de individuos han recorrido su espacio normal de vida durante días, meses ó años, es prueba de que los elementos de acuerdo han predominado sobre los elementos de lucha. El sencillo «buen día» que en todos los países del mundo se cambia bajo las formas más diversas, indica cierto acuerdo entre los hombres, procedente de un sentimiento al menos rudimentario de buena voluntad de los unos respecto de los otros. Un proverbio árabe lo espresa de la manera más noble: «Una higuera mirando otra higuera aprende á dar frutos.» Si bien es verdad que otro proverbio, lleno todavía de los antiguos odios, limita esa buena voluntad á los miembros de una misma nación: «No mires á la palmera, dice el árabe, porque la palmera no habla al extranjero.»

Son innumerables los ejemplos de ayuda mutua citados en las obras de los naturalistas, y no hay uno solo que no pueda encontrarse bajo formas poco diferentes entre los hombres. Las hormigas y las abejas suministran á este respecto hechos tan elocuentes, que admira el olvido momentáneo en que los han dejado los protagonistas de una lucha constante y sin compasión entre todos los seres que combaten por la existencia. No hay duda que se producen guerras entre tal ó cual especie de hormigas; también entre las hormigas hay conquistadores y propietarios de esclavos; pero hay que reconocer igualmente que se ayudan entre sí hasta el punto de nutrirse mutuamente en caso de necesidad y de dedicarse á trabajos agrícolas y hasta industriales, tales como el cultivo de ciertos hongos y la trasformación química de los granos y, por último, que se sacrifican las unas por las

¹ Projectiles.

otras con una devoción absoluta. Hay colonias de hormigas, que comprenden hasta millones de hormigueros habitados por especies aliadas, que presentan escenas de buena inteligencia y de paz cordial. A la vista de todas esas maravillas mentales, se siente inclinación á repetir las palabras de Darwin: «el cerebro de la hormiga es tal vez un prodigio superior al del cerebro del hombre.»

Y entre las aves, los cuadrúpedos y los bimanos, cuántos hermosos ejemplos de la solidaridad que une ciertas especies! La confianza mutua entre individuos de la gran familia es tal, que ninguno tiene necesidad de aprender el valor: los más pequeños pajarillos aceptan el combate con una ave de rapiña; se ha visto á la nevatilla hacer frente á un alimoche ¹ y al gavián. Las cornejas, concientes de su fuerza, dan cara al águila y la acosan con sus burlas. En las tierras arcillosas que dominan el río Colorado, en el Gran Oeste americano, se establecen tranquilamente colonias de golondrinas debajo de la roca donde pasa el halcón. Ciertas especies no tienen casi más enemigo que el hombre, y en las condiciones ordinarias viven en paz con todo el universo, protegidas por su perfecta unión, tales son los «republicanos» del Cabo, las cotorras y papagallos de los bosques americanos y hasta hace poco las bandadas de pájaros de la isla Loysan al Oeste del archipiélago havayano ².

Entre esos animales, la solidaridad va hasta la bondad y el sacrificio, tal como el hombre las concibe y las practica, aunque no siempre. Cuando un cazador tira, para recrear su ociosidad, sobre una banda de grullas y hiere una de ellas, la cual no volando más que con una ala corre peligro de caer, se reforma inmediatamente la banda, y dos compañeras, una á la derecha y otra á la izquierda, sostienen con su vuelo el fatigado é ineficaz de la amiga desgraciada. Hasta pequeños pajarillos se unen

¹ El buitre.

² Del Hawai, compuesto por las islas Sandwich, en la Polinesia.

á los emigrantes para acompañarlos sobre el Mediterráneo: se han visto alondras descender con bandadas de grullas después de haber atravesado el mar; si han sido auxiliadas ó no directamente,



Cliché Alsina

Dibujo de G. Roux

GRULLA HERIDA

lo cierto es que al menos deben de haber sido acogidas para el gran viaje.

Es, pues, contraria á toda verdad la aserción de los pesimistas que hablan del mundo animal como

si se compusiera únicamente de destructores desgarrándose á bocados y zarpazos y bebiendo la sangre de las víctimas. Dígase lo que se quiera, la lucha por la vida no es la ley por excelencia, y el acuerdo mutuo es con mucho superior en la historia del desarrollo de los seres. La mejor prueba de ello la tenemos en el hecho de que las especies más dichosas con su destino no son las mejor armadas para la rapiña y la matanza, sino al contrario, las que provistas de armas poco perfeccionadas, se ayudan mutuamente con más empeño: no son las más feroces, sino las más amantes.

En los comienzos de la vida animal, la tendencia á ayudarse entre sí quizá no pudo ser más que una variante del individuo, pero cuando esta inclinación hallaba la oportunidad de ejercerse recíprocamente, constituía un factor favorable en la lucha por la existencia, y los seres que estaban dotados de ella, podían, en mejores condiciones, transmitirla á sus descendientes. Así fué como este rasgo característico, en las generaciones sucesivas, se extendió á un número de individuos más y más considerable.

Los testimonios de la prehistoria, lo mismo que el estudio de las poblaciones contemporáneas, nos muestran un gran número de tribus, «primitivas» ó «salvajes», que viven en paz y hasta en la armonía de una posesión común de la tierra y de un trabajo también común; los ejemplos de poblaciones guerreras armadas solamente para el combate y viviendo exclusivamente de depredaciones¹ son muy raras, aunque citadas con frecuencia. Es de moral constante entre los de la tribu que el individuo, si la escasez se hace sentir, debe ponerse á ración para que las provisiones puedan durar más tiempo, y á menudo los grandes, lejos de abusar de su fuerza, se privan en beneficio de los pequeños. El hecho capital de la historia primitiva, tal como se nos presenta en casi todos los países del mundo, es que la *gens*,² la tribu, la colectividad,

¹ Pillajes, robos.

² Varias familias.

es considerada como el ser por excelencia, al que cada individuo da su trabajo y hace el sacrificio entero de su persona. La ayuda mutua es tan perfecta, que en diferentes circunstancias se estiende hasta más allá de la muerte: así en las Nuevas Hébridas, cuando moría un niño, su madre ó su tía se mataban voluntariamente para ir á cuidarle en el otro mundo.

Hasta el asesinato ó, por mejor decir, la muerte voluntaria de los ancianos, que se practica en diversos países—entre los Battas de Sumatra, y antes entre los Ttchuktchi siberianos ya mencionados— es un hecho que convendría citar más como ejemplo de ayuda mutua que como testimonio de la barbarie de las poblaciones donde tienen lugar tales sucesos. En una comunidad en que todos viven para todos, en que la prosperidad del grupo entero es el objeto principal de cada uno y en que la dificultad de vivir es á veces grande á consecuencia de la falta de alimento ó del frío excesivo, al anciano, que recuerda su vida pasada en el empeño de la lucha común y que se siente ya sin fuerzas para continuarla, comprende perfectamente la lógica de las cosas: la vida le pesa de modo distinto que al anciano de las naciones civilizadas, que, por los hábitos morales y las relaciones de sociedad, continúa siendo útil en cierta medida, ó al menos puede imaginárselo. «Comer el pan de los otros», cuando se comprende tan bien la indispensable necesidad del alimento por excelencia para los colaboradores más activos de la comunidad, acaba por convertirse en un verdadero suplicio, y por eso las personas de edad, ya inutilizados, escandalizados y horrorizados de sí mismos, piden á los suyos les ayuden á partir hacia el país del reposo eterno ó de una vida eternamente joven. Son verdaderamente mejores las familias modernas con sus padres envejecidos, cuando sufriendo éstos enfermedades atroces, piden llorando que se les libre del suplicio continuo ó de los dolores agudos, y que, so pretesto de amor filial ó conyugal, se les deja gemir lamentablemente durante semanas, meses ó años?

La forma comunitaria de la propiedad, que prevaleció en casi todos los países del mundo y que se mantiene acá y allá, hasta en las comarcas más completamente acaparadas por propietarios individuales, permite hacer constar que la ayuda mutua fué el ideal y la regla en los pueblos agrícolas que alcanzaron un grado de civilización muy avanzada. Allí también el cuidado de cada uno debió de ser la propiedad de todos, como lo atestiguan las mismas palabras que sirven para designar la colectividad de los aldeanos asociados. Tales son las «universidades» de los Vascos, los «mir» ó pequeños «universos» de los Serbios, las «fraternidades» de los Buriatos.

El término de «comuna» que el uso del latín y de sus lenguas derivadas ha generalizado en el mundo, se aplica á todos los hombres «que toman parte en las cargas», es decir, á todos los que se ayudan mutuamente, Y de la comuna nace la comunión, la participación en el festín y el cambio de los pensamientos íntimos; porque el «hombre no vive solamente de pan», y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni el más egoísta, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia ajena su manera de concebir las cosas, y cuanto más la sociedad progresa, más aprende el individuo aislado, aun inconcientemente, á ver semejantes en los que le rodean. La vida, que fué simplemente vegetativa en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres que vivían en la brutalidad primera, toma un carácter muy distinto y mucho más amplio en aquellos en quienes la inteligencia y el corazón se han engrandecido. Adquiriendo la conciencia de vivir, añaden un nuevo objetivo al objetivo primero, que se limitaba á la conservación de la existencia: el círculo infinitamente desarrollado abarca para lo sucesivo el bienestar de la humanidad entera.

Editor: — J. GARCÍA MONJE